

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2.º quintal.

MADRID
10 de Marzo de 1887.

Año VIII.—Núm. 7



EL PESCADOR DE CAÑA



SUMARIO

GRABADOS: El pescador de caña.—Su Eminencia el cardenal Jacobini.—Bellas Artes: el tenor del corral.—Excmo. señor D. Luis Bula y Vázquez, contralmirante de la Armada.—Palestina: nuevo Hospital de peregrinos.—Cuba: entrada del puerto de Santiago.—D. Rafael Serrano Alcázar, diputado a Cortes.—Pontvedra: castillo feudal de Churruchao.—Valadolid: claustro gótico del monasterio de San Gregorio.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—El pescador de caña.—Su Eminencia el cardenal Jacobini, secretario de Su Santidad.—El tenor del corral (dibujo de M. Bontel, tomado del cuadro de Cottin, premiado en la Exposición de París de 1879).—El contralmirante D. Luis Bula y Vázquez.—Hospital para los peregrinos de Tierra Santa.—Santiago de Cuba.—D. Rafael Serrano Alcázar, diputado a Cortes.—Castillo feudal de Churruchao.—Valadolid: colegio dominicano de San Gregorio.—A un poeta conquistador en las esteras aristocráticas (soneto), por D. J. Guillén Buzarán.—El nuevo conflicto entre Francia y Alemania, por D. Arturo Cotarelo.—Panteísmo (de G. Carducci), por don Cayetano de Alvear.—El molino de papel (tradición), por D. V. Fernández-Cuesta y Porta. La libertad en el arte (apuntes), por D. Conrado Solsona.—Los egoístas, arreglo del inglés por A. Ordax (continuación).—Ingleses y franceses de viaje: novela suiza, de Töpfer (continuación).—¡Mucío! (poesía), por D. J. Díaz Macías.—Espectáculos, por Cantacaro.—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. Eduardo de Palacio.—Charadas.—Solución a las anteriores.

CRÓNICA

Suponiendo (y no es poco suponer) que el continente asiático-europeo haya sido la cuna de la humanidad, preciso es convenir en que la tal cuna está desvencijada y maltrecha, y en estado de ser arrumbada en las buhardillas trasteras del planeta. Especialmente la parte europea ofrece á sus habitantes la misma seguridad de que disfrutaría el que se reclinara para dormir la siesta en la cuna de un toro de Aleas.

No bastaba que Francia fuese licenciada, Inglaterra avarienta, Alemania inmoral y filósofa, Rusia absorbente, Turquía ignorante y España rutinaria y chulesca; era también necesario que la costa terrestre, como si no pudiera soportar tanta miseria, se sacudiera las faldas con la violencia de que dan muestra los últimos terremotos.

Decididamente, esto se va poniendo inhabitable.

Parecen las naciones europeas mapas extendidos sobre una mesa y sujetos con esos pisapapeles que se llaman los Pirineos, los Alpes, los Balkanes, los Ourales, etc.

Soplan los huracanes subterráneos, y á poco más se llevan hasta la mesa.

Pues los terremotos aun son tortas y pan pintado si se piensa en el terremoto de carne humana que se prepara.

Mejor diríamos que se ha comenzado, porque no cabe duda que la canela y la guerra hacen el mismo camino. De Oriente á Occidente.

Parecía próximo á estallar el conflicto entre alemanes y franceses; creíase que sería la primera estrofa de este coro de bienaventuranzas, letra de Mercurio y música de Marte, que se aprestan á cantar los europeos, cuando de pronto el Zar de todas las Rusias dice á sus compañeros, como si fuese músico de murga: «Caballeros, entro yo antes;» y da en Silistria el primero y más siniestro trompetazo.

No contento con esto, y para que nadie le perturbe en su trabajo, anuncia á Francia y á Alemania que *combatirá á la que inicie la guerra*.

No contaban ciertamente los bolsistas con este elemento de paz, tan eficaz como cualquiera otro.

Los ingleses no pueden consentir que Rusia las eche de solista, y pretenderán hacerle el dúo; pero la gaita está en muy mal estado y los pulmones del piper no pueden luchar

con tanto agujero como han abierto los irlandeses, los sudaneses, los afganos, y otros.

Pelearán, sin embargo, con los rusos, y como el ejemplo es el mejor de los predicadores, llorarán á poco rato lágrimas como puños los franceses y los alemanes.

Para terminar de una vez, sería conveniente que Austria quisiera ensancharse á expensas de los principados Danubianos; Italia á expensas de Austria; Portugal á expensas de España, y España á expensas... de Andorra, y así no habría nadie que pidiera más, ni quedaría títtere con cabeza.

Ni se perdería nada con descabezar á tanto títtere.

Después se podría organizar una emigración *continental* á Africa (donde debíamos ya estar todos), y empleando en ella la marina mercante y la de guerra, en menos de un año desembarcaríamos los diecisiete millones de españoles en el Sús, los franceses y portugueses en el Congo, los italianos en Trípoli, los ingleses en el Cabo, los rusos en Egipto, los austriacos en Monomotapa y los alemanes en Hotentocia.

Europa quedaría casi desierta y bailando de gusto, y los exeuropéos volveríamos sin duda á pelear unos con otros; pero esta vez en nuestro escenario y sin miedo á estos bailes de Europa, merced á los cuales siempre estamos temiendo recibir en la cabeza á los inquilinos del cuarto de encima.

Gracias á que existen espíritus previsores y el ayuntamiento de Madrid ha adquirido dos carros para transportar útiles contra incendios.

Hasta el tabaco del Gobierno se niega á arder desde que los concejales han tenido ese arranque.

Con todo, no debemos desconocer que es mayor la previsión del recaudador que el Banco tenía en Brihuega.

El cual recaudador se ha fugado con los fondos que no le correspondían.

Se llamaba, por mal nombre, *Picula*.

Y por buen nombre, González Bravo.

A elegir.

El municipio ha sacado de pila nada menos que ciento cuarenta y siete calles del ensanche.

En la nomenclatura están representados:

El ejército.

La marina.

Las ciencias.

Las artes.

La declamación entre ellas.

La literatura.

La política.

La geografía peninsular.

La religión.

Y el culto y clero.

No se han acordado los concejales de Bargossi, ó han tenido en cuenta que los papás que enseñen á sus hijos la historia por el método *peripatético* necesitan en las pantorrillas una fuerza superior á la del célebre andarín.

Suponemos también que el ayuntamiento no habrá echado los nombres sobre el plano del ensanche, como quien echa las arenillas, sino que habrá dado á aquéllos la colocación más lógica.

La calle de Gibraltar desembocará seguramente en la del Porvenir, y la de las Carolinas en la del Pilar de Zaragoza.

Mientras el Congreso ofrecía un espectáculo poco edificante, el Sr. Cánovas ha pronunciado en Sevilla un discurso modelo de sensatez, de patriotismo y de experiencia política.

Su conducta de ahora está demostrando á los que le tachaban de andar sobre una nube y hacer demasiados versos á sus paisanas, que sólo hay una fuerza en el cerebro, y lo importante es tener esa fuerza, á la cual se pueden dar tantas aplicaciones como empleos distintos se pueden dar á un peso duro.

Lo que importa, repetimos, es tener el duro.

En todos los partidos hay hombres que han conquistado los primeros puestos sin haber hecho... versos, por ejemplo; pero ¡ay! que muy luego ve el público en ellos lo que el león de la fábula en la rana: son *todo boca*.

En todos los partidos.

S. M. la Reina, cuya discreción y generosidad le ganan cada día mayores simpatías, ha concedido el título de conde de Plasencia á D. Augusto Plasencia, autor del sistema de cañones que lleva su nombre, ya popular y muy querido en el ejército.

Los que echaban de menos en el ejército estímulos al estudio, pueden esperar, de ahora en adelante, el más preciado, no tanto por la índole de la recompensa, como por la persona que la otorga.

Otro rasgo de la augusta dama merece también la gratitud de los españoles.

Sabido es que nuestros primeros pintores, Domingo, Villegas, y otros que viven fuera de España, no encuentran en ella mercado para sus obras; de las cuales tenemos que contentarnos con lo que dice la fama.

Pero esta vez, y aprovechando la estancia de Domingo en Madrid, S. M. ha adquirido dos cuadros del célebre pintor, que son, como todos los suyos, una maravilla de color y de factura.

El movimiento político sigue en aumento. Y como es costumbre, está en razón inversa de la importancia de las Academias y Sociedades.

Mientras la de Medicina, la de la Lengua, la de Ciencias Morales, y otras tan empujadas como éstas, se entretienen con generalidades tan vagas como ociosas, la Sociedad de Higienistas, la Ginecológica, el Fomento de las Artes, las Asociaciones Militares, el Ateneo (casi, casi) y otras aún más modestas, siguen al día el movimiento científico europeo con la mayor brillantez.

Afortunadamente, el público conoce y diferencia á los sabios de adorno y los sabios de batalla.

A propósito de batallas, recordamos ahora la que días pasados sostuvieron las autoridades en Onteniente con los vecinos de dicho pueblo, motivada al grito de: «¡Fuera consumos!»

El alcalde se metió en la cárcel; es decir, se hizo fuerte en ella, con el auxilio de media docena de guardias civiles.

¡Vaya usted á fiarse de promesas! No hace mucho tiempo que un individuo de por allá ofrecía pasar tres meses alimentándose únicamente con artículos no sujetos al impuesto de consumos.

¡Claro! Contaba con el motín.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL PESCADOR DE CAÑA

Es un tipo original, pero común. El autor, al inspirarse en el asunto, tuvo en la mente, sin duda, la descripción que del pescador de caña hizo, algunos años ha, un escritor español, notable por sus graciosas ocurrencias.

«El pescador de caña, decía, es un sencillito aparato que empieza en un anzuelo y acaba en un tonto.»

No defenderemos esta opinión, porque es tan injusta como chistosa; pero el que, como el personaje del cuadro, resiste impávido la lluvia y la inclemencia del tiempo por el vano placer de apoderarse de un pececillo, creemos que, sin ofensa de la clase, puede formar muy bien parte del aparato descrito.

SU EMINENCIA EL CARDENAL JACOBINI

Secretario de Su Santidad.

Nació el 6 de Enero de 1832 en Senzano, diócesis de Albano, de padres muy piadosos y de modesta posición social. Desde los primeros años mostró inclinación por la carrera eclesiástica, y bien pronto demostró en ella sus dotes nada comunes. Contaba apenas treinta y ocho años en la época de la celebración del Concilio Vaticano, y mereció desempeñar el cargo honroso de segundo secretario, en el que se distinguió mucho, adquiriendo la amistad y estimación de muchos de los Padres que componían tan docta Asamblea.

En 21 de Marzo de 1874 fué nombrado arzobispo de Tesalónica, *in partibus infidelium*, y creado Cardenal en el consistorio de 19 de Setiembre de 1879; desempeñó la nunciatura de Viena por espacio de tres años, de 1877 á 80.

En Setiembre de 1879 le confió Su Santidad el difícil cargo de entablar negociaciones con el imperio alemán para restablecer la paz religiosa, turbada por las famosas *leyes de Mayo*, dirigidas contra la libertad de la Iglesia católica, y votadas por el Parlamento prusiano durante los años de 1873, 74 y 75; leyes que se conocen con tal nombre por haber sido sancionadas en el mes de Mayo de 1873.

Comenzó estas negociaciones diplomáticas el cardenal Luis Jacobini en Gastein, donde á la sazón se encontraba el canciller Bismarck tomando aguas; siendo el resultado que de ellas obtuvo, lo que más contribuyó á formar su reputación, por haber logrado se considerasen como letra muerta la mayor parte de los artículos de que se componían.

Con posterioridad emprendió otra campaña no menos importante con el Gobierno ruso para afianzar la paz de la Iglesia en aquel vasto imperio, y particularmente en Polonia.

Fué nombrado secretario de Estado de Su Santidad León XIII, en sustitución del cardenal Nina, en 16 de Octubre de 1880 para cuyo cargo, además de sus especiales dotes, reunía la favorable circunstancia de haber estado agregado á dicha secretaría por espacio de bastante tiempo.

El gran canciller alemán, cuando tenía que pronunciar su nombre, le llamaba *el amable Jacobini*.

En el difícil cargo de secretario de Estado demostró singulares dotes de hábil diplomático, respondiendo fielmente, en todos sus actos, á los propósitos conciliadores de Su Santidad.

La mediación del Vaticano en la cuestión de las Carolinas, y la cordialidad de relaciones á que han llegado en los últimos tiempos la Santa Sede y el

imperio alemán, acreditan por sí solas el flexible talento y el exquisito golpe de vista que el ilustre Cardenal tenía en asuntos internacionales.

EL TENOR DEL CORRAL

Dibujo de M. Bontel, tomado del cuadro de Cottin, premiado en la Exposición de París de 1879.

¿Descenderá este tenor de aquel otro famoso que servía de reloj á la buena vieja de La Fontaine, lo que le valió el honor de caer, martir del deber, bajo el egoísta y salvaje cuchillo de una fregona vulgar?

No cabe duda en la afirmación. Esas piernas nervudas y extendidas para aumentar la falla; el pecho amplio y desarrollado; el cuello derecho; la mirada dominadora; el gran pico abierto, como para decir á la tierra: «Aquí estoy yo;» todo este conjunto delata el orgullo de raza y la soberbia del vencedor.

Puede ser que además algunos otros sentimientos se mezclen á los dos expresados. Dícese que todo el que se ve amado se cree hermoso; y si es así, ¿cómo nuestro tenor, objeto de todas las miradas del gallinero, no ha de sentirse ebrio de vanidad!

De ser este el poema íntimo que M. Cottin se propuso pintar, convengamos en que supo cumplir dignamente su propósito, añadiendo que el cuadro es perfecto por el colorido, la combinación de objetos y accesorios, y más en particular por la factura.

El contralmirante

D. LUIS BULA Y VAZQUEZ

La Armada española viste hoy luto por la sensible pérdida que acaba de experimentar en la persona del Sr. Bula, uno de nuestros más distinguidos marinos.

Nació el Sr. Bula en Cádiz el 22 de Febrero de 1825, y á los trece años de edad empezó á servir como guardiamarina de segunda clase. Desde los primeros momentos puso de relieve su aplicación y raras dotes para la carrera que había abrazado, obteniendo el empleo de alférez de navío á los cuatro años de estudios y prácticas reglamentarias. Ascendido á capitán de fragata, se le confió el cargo de segundo comandante de la *Asturias*, que formó parte de la escuadra de operaciones en aguas africanas, contribuyendo al éxito obtenido en los alrededores de Tetuán el 23 de Diciembre de 1859. Luego asistió al bombardeo de Larache y Arcilla, y por sus especiales servicios fué recompensado con el empleo de coronel de ejército y la medalla de Africa.

Nueva ocasión se presenta el Sr. Bula, pocos años después, para desplegar su vigorosa iniciativa con la inolvidable expedición á Méjico; y mandando la fragata *Princesa de Asturias* recorrió diferentes puertos de aquellas posesiones, aniquiladas por intestina guerra, desde que, alucinados por la idea liberal é independencia, ideas ambas innatas en el hombre, se separaron del dominio de la madre patria, viéndose precisados á luchar con otro yugo más extranjero é ignominioso. Su conducta en las operaciones verificadas en aquella costa mereció unánimes aplausos, siendo ascendido al poco tiempo al empleo de capitán de navío.

Durante su larga carrera desempeñó el mando de 21 buques de nuestra marina de guerra, entre los que figuran los navíos *Soberano*, *Francisco de Asís* é *Isabel*, y las fragatas *Princesa de Asturias*, *Isabel II* y *Méndez Núñez*, revelando en sus dilatados servicios admirables condiciones para el mando y gobierno de una escuadra.

No menos importantes fueron los servicios prestados en tierra por tan distinguido marino: los cargos de comandante general del Arsenal, jefe del Apostadero, capitán de Puerto Ponce, comandante

principal de Puerto Rico, y vocal de la Junta especial de Artillería, con otros destinos que sería prolijo enumerar, completan el recargado cuadro de los servicios del Sr. Bula, recompensados con las encomiendas de Carlos III é Isabel la Católica, y las grandes cruces de San Hermenegildo y del Mérito Militar.

Ascendido por rigurosa antigüedad á contralmirante en 1878, fué pronto designado para mandar la escuadra de instrucción. Este cargo, que desempeñó con gran acierto, le proporcionó un medio de dar á conocer á nuestro difunto monarca D. Alfonso XII las excelentes condiciones del personal de la Armada, que puso de relieve ante S. M. el buen estado de su instrucción y el excelente espíritu de que se halla animado.

Posteriormente sirvió el Sr. Bula el cargo de comandante general del Apostadero de Filipinas, y en la actualidad era segundo jefe del departamento de Cádiz. Por raro acaso en un marino, cuya vida contiene tantas vicisitudes y viajes, ha ido á morir el Sr. Bula en el mismo paraje donde le cupo nacer: rodeado de su apreciable y distinguida familia, y de amigos fieles y cariñosos, exhaló su alma generosa el 27 del pasado, dejando unidos á su buen recuerdo, la tristeza y el sentimiento de su pérdida irreparable.

Descanse en paz el veterano marino, y el cielo conceda á su familia resignación para soportar su cruel desventura.

HOSPITAL PARA LOS PEREGRINOS

de Tierra Santa.

Sobre la cima de una elevada colina que domina el camino de Jerusalén á Belén, se presenta á los ojos del viajero un espacioso edificio, construido hace pocos años por los cuidados del cónsul general de Palestina, Sr. Conde Caboga Cerra, con el objeto de dar principio en Tierra Santa á una de las más gloriosas y útiles instituciones de la Edad Media: la de los caballeros del hospital de San Juan de Jerusalén.

La filantropía del noble caballero austriaco, favorecido en su empresa por el emperador Francisco José, supo llegar al resultado propuesto, y hoy los caballeros hospitalarios pueden ofrecer al peregrino, en aquel vasto y confortable edificio, asilo, alimento y recursos para llevar á término sus piadosos viajes.

SANTIAGO DE CUBA

Fundada por el conquistador Diego Velázquez en el año 1514, Santiago de Cuba es la segunda plaza de la Gran Antilla, y cabeza del Departamento Oriental, á 228 leguas E. y en situación diametralmente opuesta á la Habana, sobre la ribera E. de la bahía de su nombre. Cuenta hoy día más de 50.000 habitantes; la tercera parte blanca, y las demás de color.

La emigración de muchas familias de Bayamo á principios del siglo XVII, y la de los franceses de Santo Domingo en el presente, diéronle notable crecimiento, y acabó de ganar importancia con la declaración de cabeza de Departamento en 1826.

Su puerto es ancho y seguro, y la fortaleza del Morro, que defiende la entrada, fué empezada por el gobernador D. Pedro de la Roca y Borja hacia el año 1633.

Tiene algunos edificios regulares, como la catedral, cuya vista publicamos hace poco en esta revista, algunas iglesias, palacio arzobispal, Instituto, teatro, etc.

El caserío forma dos grandes grupos ó distritos, separados por la ancha calle de San Jerónimo, y algunas de las calles presentan buena regularidad, como la de la Catedral, que mide hasta 500 varas de longitud; las de más tránsito están empedradas, y las otras simplemente terraplenadas.

Las casas ascienden á 4.500, repartidas en unas

300 manzanas y 62 calles; y dos hermosas alamedas sirven de esparcimiento al vecindario. Provéese de aguas un acueducto de moderna fábrica, que surte las doce fuentes públicas distribuidas por la ciudad.

DON RAFAEL SERRANO ALCÁZAR

Diputado á Cortes.

Procede de la Unión Liberal. Como redactor del periódico político *La Patria*, fué procesado por la célebre protesta que los periódicos liberales hicieron en 1865 contra la medida adoptada por el Gobierno moderado desterrando á Canarias á varios distinguidos Generales. Desde aquella fecha, en que el Sr. Serrano Alcázar aún no había concluido su carrera de abogado, ha seguido lealmente, y sin vacilaciones, á D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ya en el poder el partido á que había dado su apoyo en la oposición, tuvo la rara virtud de no querer puestos públicos, prefiriendo el trabajo del foro, y se instaló en Albacete, donde en poco tiempo logró formar uno de los primeros bufetes de aquella Audiencia; bufete que después ha sacrificado por la política, con grave perjuicio de sus intereses privados, porque el Sr. Serrano Alcázar, por su probidad intachable, es de los que no se reitegran de estos daños en la vida pública.

Elegido diputado en las primeras Cortes de la Restauración, como después en varias elecciones



SU EMINENCIA EL CARDENAL JACOBINI

† en Roma el 28 de Febrero último.

generales, perteneció, en unión de los Sres. Silva, Moreno Nieto y Alzugaray, á la comisión del Mensaje de la Corona que presidió el inolvidable Ayala; se distinguió en diversos debates parlamentarios, especialmente en el que tuvo lugar con motivo de la ley de imprenta, y sostuvo con acierto y con fortuna el voto de confianza que la mayoría del Congreso dió al Gobierno liberal conservador después de la caída del Gabinete Martínez Campos y después del tumulto parlamentario que produjo que las minorías se fuesen al retraimiento.

Ha sido vicepresidente del Congreso, subsecretario del ministerio de la Gobernación y fiscal del Consejo de Estado.

Es el jefe de los conservadores en la provincia de Albacete, uno de cuyos distritos representa en la actualidad.

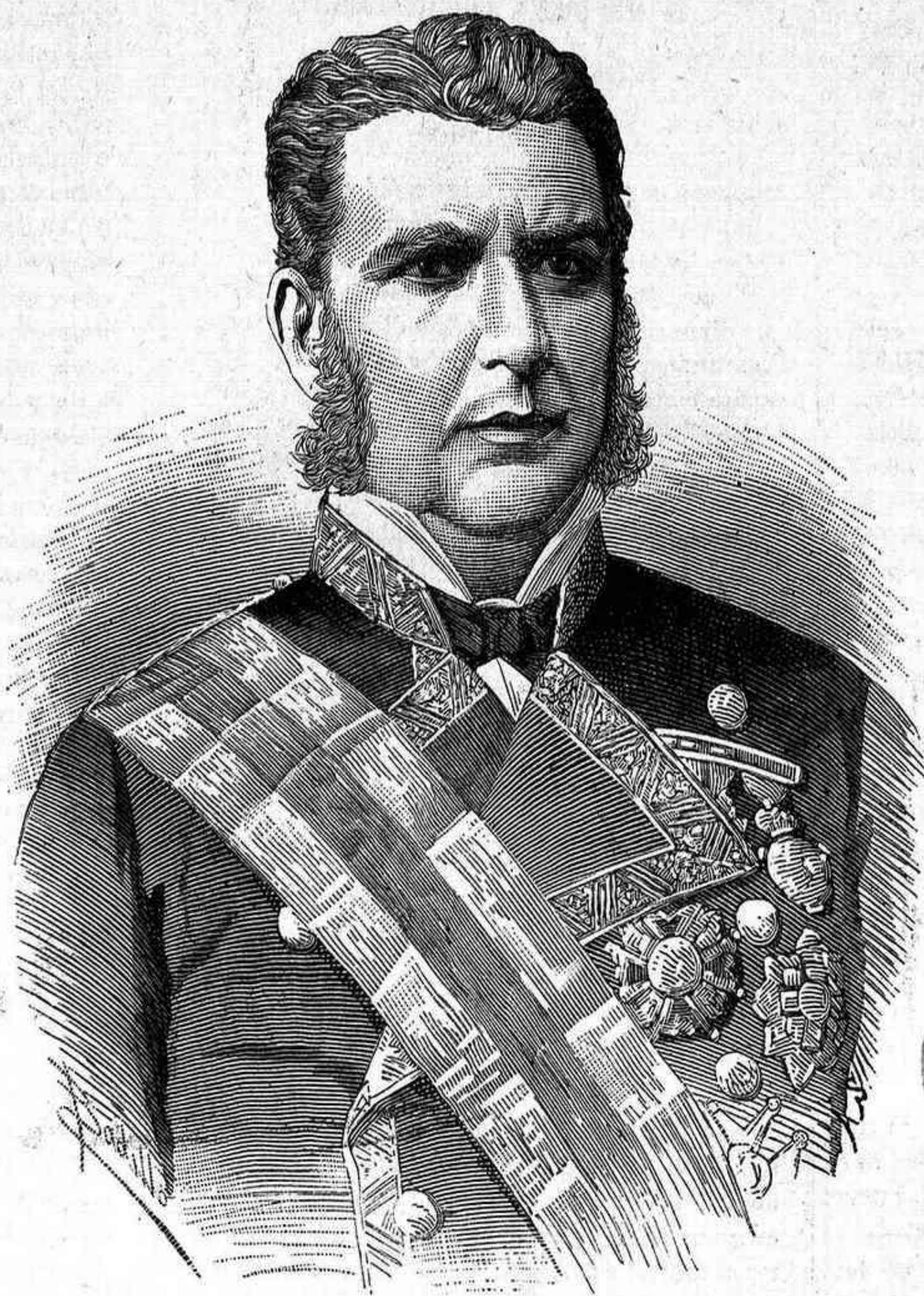
Aficionado desde la niñez á las bellas letras y á los estudios históricos, ha publicado varias obras, que han sido bien recibidas siempre por la opinión, y en estos últimos días ha dado á luz la titulada *Política y Literatura*, de la que nos hemos ocupado en otro número de nuestra Revista.

La prensa le ha designado en más de una ocasión para el cargo de ministro. ¿Por qué no lo ha sido todavía? Porque la misma opinión que le reconoce sus méritos, le tacha, no sabemos si con razón, de un poco perezoso; porque ama la vida retirada, y, sobre todo, porque en vez de colocarse en las corrientes de la intriga, donde esas cosas se



BELLAS ARTES.—EL TENOR DEL C.J.R. AL





EXCMO. SR. CONTRALMIRANTE D. LUIS BULA Y VAZQUEZ, † EN SAN FERNANDO EL 27 DE FEBRERO ÚLTIMO



PALESTINA.—NUEVO HOSPITAL DE PEREGRINOS

fraguan, su natural inclinación le lleva á despre-
ciar ciertos caminos, á no tomar iniciativa propia,
y á huir de toda clase de exhibiciones. Pero ¿quien
duda que ha de serlo?

Para que su retrato y su nombre salgan en estas
páginas, hemos recogido los antecedentes á pesar
suyo. Tal es su carácter, con el cual no se marcha
de prisa en estos tiempos.

CASTILLO FEUDAL DE CHURRUCHAO

En los antiguos reinos de Asturias y Galicia
existen aún monumentos históricos, y no pocas
ruinas venerandas que recuerdan hechos gloriosos
de nuestra historia, á los cuales el pueblo ha unido
alguna leyenda ó tradición, no siempre, á la verdad,
muy ortodoxa ni conforme con la moral cristiana.

Esto último debe decirse de lo que se refiere al
castillo feudal de D. Nuño Pérez de Churruchao,
que se alza todavía, aunque desmantelado y rui-
noso, en la provincia de Pontevedra, tal como la
representa el grabado de la pág. 105.

Cuéntase que el tal D. Nuño tuvo dos hijos, don
Ferrán y una hermosa hija que fué violada por
D. Suero Gómez, á la sazón arzobispo de Santiago.

D. Nuño se presentó en el palacio arzobispal y
pidió cuenta del ultraje, llegando á sacar una daga,
y acometió con ella al Prelado; pero llamó éste,
acudieron sus gentes y aprisionaron al enojado don
Nuño, encerrándole en las prisiones arzobispales,
como señor feudal que era.

Pasaron años, y cuando el joven Ferrán supo el
paradero de su desgraciado padre, presentóse al
arzobispo y con lágrimas, demandó la libertad de
quien le había dado el ser. Consintió el Prelado,
pero obligando al mancebo á que antes le sirviera
en la guerra durante seis años, pues de este modo
se prometía evitar explicaciones sobre el suceso
pasado. Cumplido el plazo, volvió el joven á San-
tiago y solicitó el cumplimiento de la promesa; mas
el Prelado, viéndose á pique de ser descubierto, hizo
suministrar un tósigo al preso, si bien éste halló
medio, antes de morir, de comunicar á su hijo el se-
creto fatal.

Juró vengarse D. Ferrán, y presentóse al rey
D. Pedro, exponiéndole su dolorosa afrenta, y á la
vez revelándole la conspiración fraguada por el
opulento Prelado contra el Monarca. Dió el Rey al
mancebo carta blanca, y llegado el día del *Corpus*
del año 1366, en el momento de entrar la proce-
sión en la catedral, D. Ferrán Pérez, sacando su
daga, la hundió en el pecho del Arzobispo, quedán-
do éste exánime á la puerta del santuario.

Aquí debe repetirse el conocido dístico:

«Y si, lector, dijédes ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.»

Valladolid.

COLEGIO DOMINICANO DE SAN GREGORIO

¿Qué queda hoy de este suntuoso edificio, don-
de el arte más puro y bello mostró sus maravillo-
sas ojivas, sus grecas y capiteles, sus labores en
piedra que, semejaban la filigrana ó rivalizaban
con el encaje?

¡Con cuánta razón nos quejamos un día y otro
de la incuria de todas las corporaciones populares,
al ver cómo desaparecen las obras arquitectónicas
de más mérito! Rara vez transcurre una semana
sin que nos entristezca la prensa diaria denuncián-
do la demolición de algún edificio célebre que el
amor patrio pudo conservar, y sin embargo, ape-
nas se levantan protestas, y si se alzan, se apagan
sin encontrar eco en los poderes públicos, absor-
tos en las luchas políticas, en las estériles contien-
das de partido.

A un poeta conquistador

en las esferas aristocráticas.

SONETO

Vate, que de Lisandra te despidas
hoy con endecha del amor sonora,
y que después al corazón de Flora
el dulce premio de tu afán le pides;
dime, dime, por Dios, cómo divides
esa tu inspiración conmovedora
para tener un Etna en cada hora
que alumbre y dore tus flamantes lides.

Yo bien conozco ¡oh bello Timoteo!
que tu númen provoca las pasiones...
¡Qué mucho, pues, de tan fecundo empleo,
si eres en estas mágicas regiones
el dichoso adalid del *seco feo*,
y un verdugo tenaz de corazones!

J. GUILLÉN BUZARÁN.

Madrid, Setiembre de 1886.

El nuevo conflicto

entre Francia y Alemania.

I

Para todo mediano observador de los asuntos in-
ternacionales no puede ser motivo de sorpresa la
tirantez de relaciones á que han llegado en los úl-
timos días Francia y Alemania; pues la prevención
mutua, los recelos recíprocos y la desconfianza
continua entre ambas potencias, tendrá que some-
ter al fin y al cabo semejantes causas al efecto de
una nueva guerra.

La humillación militar francesa en 1870-71 no
pudo desafiarse de las condiciones del carácter
nacional en el período que más se necesitan reser-
va, calma y hasta verdadero mutismo; en el perío-
do de reorganización del ejército sobre bases con-
venientes, para lanzarse con oportunidad en busca
del desquite de aquella gran desgracia militar.

La misma molestia que sienten nuestros vecinos
de allende el Pirineo al recuerdo de los días acia-
gos de Sedán y Metz, los lleva á las veces á una
senda peligrosa, vocinglera, alejada de ese tacto
exquisito que debe presidir á la realización de
empresas encaminadas á buscar grandezas perdi-
das por medio de las armas.

Buena prueba del anterior aserto fué la publica-
ción de las dos obras intituladas *Avant la bataille*
y *Pas encore!*, en las cuales se corría imprudente-
mente el velo del organismo completo de las tro-
pas francesas, dando origen á que un jefe alemán,
el teniente coronel Koettchau, recogiese en el mes
de Octubre último la suma de datos militares que
figuran en dichos libros, los comparase con los ele-
mentos bélicos del imperio germánico, sin decir,
no obstante, nada que dejara de ser conocido, y
concluyese por apoyar la idea, hoy predomi-
nante en Berlín, de que era preciso declarar la gue-
rra á la mayor brevedad, á fin de no conceder al
pueblo rival el tiempo hábil para concluir su re-
organización.

A esto, sobre todo, obedecen las agitadas co-
rrientes alemanas en materia de próxima campa-
ña; el anciano emperador Guillermo, así como el
Príncipe heredero, tratan de evitar el terrible con-
flicto; pero el partido de la guerra es fuerte, es nu-
meroso, lo apoyan no pocos periódicos de impor-
tancia, y lo probable, casi seguro, será que triunfe
en toda la línea y vuelvan á correr arroyos de san-
gre en los campos de la Alsacia-Lorena.

Dados los extremos anteriores, nos parece opor-
tuno hacer un examen detenido de las condicio-
nes, inherentes á los irreconciliables adversarios,
empezando hoy por el estudio de la frontera fran-
cesa del Nordeste.

El armisticio de Versailles y el tratado de paz
de Francfort, en 1871, modificaron profundamen-
te la antigua frontera entre Francia y Alemania,
esto es, la línea marcada desde Longwy hasta Bel-
fort. El vencedor se propuso, recordando la frase
de Breno, dejar abiertas cuanto fuera posible las
entradas en el país vencido, si bien sus cálculos
habían de tropezar y tropezaron con no pocos ac-
cidentes del terreno.

Comprendieron desde luego nuestros vecinos la
situación falsa en que se encontraban, y quisieron
modificarla, ya fortificando exageradamente toda
su línea defensiva contra la invasión, ya buscando
puntos estratégicos en la misma frontera, que les
pusieran á cubierto de sorpresas del adversario. Se
adoptó el principio, después de largas discusiones,
de completar las propiedades defensivas de los
accidentes del terreno con obras de fortificación,
obligando, en caso necesario, á las masas enemi-
gas á dar grandes rodeos antes de situarse sobre
campo abierto, mas siempre entre obras de aque-
lla clase para dificultar los despliegues.

Desde tal punto de vista, deben considerarse
como regiones casi inaccesibles el curso medio del
Mosa y la parte de los Vosgos y montes Faucilles,
comprendida entre Epinal y Belfort; de la propia
manera que se opondrán á los holgados desplie-
gues de ejércitos numerosos las obras llevadas á
cabo en las comarcas que se extienden desde los
Ardennes hasta Verdun y desde Neufchâteau á
Epinal.

La línea defensiva de los franceses tiene su
principal apoyo, por la parte Norte, en la plaza de
Verdun, alcanzando semejante apoyo hasta la lla-
nura de Woevre, hacia el Sur, y hasta los primeros
bosques del Argonna, hacia el Norte, habiéndose
construido en la misma región los fuertes de
Belrupt, Rozellier, Houdainville, Regret, Chaume,
Dugny, Marre, Belleville, Souville, Saint-Michel y
Tavannes; la entrada del valle del Mosa también
se halla defendida por una serie de fuertes, parti-
cularmente las posiciones próximas á Saint-Mihiel
y Commercy.

Toul cuenta ahora con las nuevas obras de Lu-
cey, Saint Michel, Ecronvies, Justice, Villey le-Sec,
Tillot, Domgermain y Chaudeney; estando en pro-
yecto el construir otras en el bosque Ronont,
quinta Libdean y Goudreville-sur-Moselle. Entre
Toul y Neufchâteau, á lo largo del Mosa, existen los
fuertes de Blénod, Pagny y Bourlemont. Por la par-
te de Nancy se han establecido los de Pont-Saint-
Vincent, en la confluencia del Madon y Mosela, y el
de Fronard, sobre la vía férrea de Nancy á Metz.

La vasta región comprendida entre la con-
fluencia del Madon y Mosela, hasta Epinal, cuen-
ta con su defensa de Mononvillers, enfilando al fe-
rrocarril de Strasburgo á París; pero el verdadero
obstáculo, si la invasión llega á realizarse, está en
el mismo Epinal.

Desde el último punto citado hasta Belfort, las
defensas se apoyan á la vez en los montes Fau-
cilles y los Vosgos meridionales; protegen á Epinal
en la orilla derecha del Mosa, los fuertes de Dogne-
ville, Longchamp, Razimont y Monche, y en la iz-
quierda los de Bambois, Roulón, Uxegney y Gui-
zaucourt; siguiendo el valle hacia Belfort, se han
establecido igualmente obstáculos no pequeños en
los puntos estratégicos denominados la Savannière,
Parmont, Ballón de Servance y Gironiagny. En
cuanto á Belfort, tiene en perfecto estado sus diez
fuertes y ocho baterías independientes.

Los franceses confían mucho en que les será
muy difícil y muy costoso á sus enemigos el avan-
zar por la frontera, si se atiende bien y se vigilan
los puntos indicados, así como conceptúan que el
primer boquete ó ancho paso entre los Ardennes
y Verdun no se encuentra todavía protegido cual
corresponde, pues el campo atrincherado de Reims
puede envolverlo el invasor y penetrar holgada-
mente en el valle del Marne ó en el del Sena. Se
estudian diversos medios para conseguir que des-
aparezcan esas causas de zozobra en la vecina Re-
pública.

El segundo boquete, ó téase el comprendido en

tre Neufchâteau y Epinal, encierra más obstáculos tratándose de una invasión, toda vez que las excelentes plazas de Langres y Dijon detendrían en su marcha al enemigo, habiéndose llevado á cabo construcciones de gran importancia en las cercanías de las mismas plazas; pero la opinión pública se encuentra inclinada á que se estudie con minuciosidad el asunto, procurando revestir de mayor fuerza cuanto pueda oponerse al avance de los ejércitos alemanes.

ARTURO COTARE O.

Panteísmo.

(DE G. CARDUCCI)

Yo no os lo dije, fúlgidas estrellas;
nunca á ti ¡oh sol! mi afán lo confié:
su nombre, esencia de las cosas bellas,
solamente en mi pecho resonó.

Mas ya una estrella á la otra estrella cuenta
mi ignorado secreto, inoportuna,
mientras sonrío el sol, cuando se ausenta,
en sus coloquios con la blanca luna.

En la colina ó en la playa, inquieta
de ello habla á cada arbusto cada flor;
y canta el ruiseñor: - Fosco poeta,
al fin sus redes te tendió el amor.

Nunca lo revelé; y en mil fulgores
cielo y tierra el amado nombre aclama,
y al cubrirse la acacia con sus flores,
el gran todo murmura:—¡Ella te ama!

CAYETANO DE ALVEAR.

El molino del papel.

(TRADICIÓN)

I

—Ahora ya estarás satisfecha y podrás decir que has conseguido de mí lo que nadie ni pensarlo ha podido.

—Sí, Antonio; ahora renace en mí la confianza, porque, aunque no eres malo, cuando vuelvas de la guerra ¡quién sabe! y en cuestiones tan delicadas como esta, en que va mi honor y mi vida, no puede haber incertidumbres ni dudas.

—Entonces ¿qué uso piensas hacer de la promesa que te he firmado?

—Si mi deshonra no se supiera, ninguno, porque siempre esperaré confiada en tu palabra; pero si la desgracia hiciera que fuese conocida, la presentaría, y cumpliéndola tú, ya no habría mal ninguno.

—De suerte que, según eso, ¿desde hoy puedo considerarme unido á ti con lazos indisolubles?

—¿Y me lo preguntas, Antonio?

—No, pero arguye malicia tanta precaución.

—Toda es poca tratando del honor.

Sonaron las diez en el reloj de la catedral, y Antonio, el soldado que hemos oído hablar con Isabel Ruiz, marchó por la calle abajo. Isabel cerró la reja, y todo quedó en calma en la plaza de las Capuchinas de Toledo.

Al día siguiente caminaba con dirección á Madrid la compañía de que formaba parte Antonio Guzmán.

II

Los acontecimientos de la guerra eran conocidos con bastante retraso en Toledo, y la pobre Isabel veíase víctima de esta tardanza.

En Zocodover reuníanse á la hora del paseo los pocos militares que habían quedado en la impe-

rial ciudad, y comentaban á su modo las noticias que llegaban.

Una tarde, cuando Isabel volvía de paseo con su familia, oyó gran ruido al atravesar la plaza, su padre preguntó á un conocido qué era aquello, y éste, sin presumir el mal que podía causar, le contestó: «que era el resultado de las malas noticias que habían llegado.»

Isabel, que escuchaba con atención la conversación de su padre con el amigo, oyó con la amargura que es de suponer, la contestación de éste, y á partir de aquel día su salud fué empeorando gradualmente, la brillantez de sus ojos, que Antonio decía era el imán de su corazón, extinguióse; el sonrosado color de sus mejillas huyó, reemplazándole una palidez cadavérica, y de aquella bella niña, tan robusta y llena de alegría, no quedó sino una especie de cadáver viviente.

Los padres, no comprendiendo el mal de Isabel, lo achacaron á falta de distracciones y como viviera en Zocodover un primo suyo, la trasladaron á su casa con objeto de que, viviendo en el centro de la población, estuviera menos aburrida.

Allí pasó una larga temporada; se estaba cosiendo en la ventana hasta la hora en que solían acudir los militares, y entonces, buscando un pretexto que nunca faltaba á su imaginación, salía á la plaza procurando oír las conversaciones de éstos. Una tarde bajó á dar su acostumbrado paseo, y escuchó, con la alegría que supondrá el lector, que la guerra había terminado.

Volvió á su casa aquella noche, pues dijo que estaba ya curada, y al ver la alegría que en ella se retrataba, sus padres daban gracias al Señor por cura tan milagrosa.

Un día tan sólo duró este último rayo del sol de la felicidad que para siempre se iba á nublarse en el cielo de los destinos de Isabel: á la noche siguiente se sintió muy mal, y tuvo que acostarse.

Pasó toda la noche presa de agudísimos dolores, y á la madrugada fué madre: su deshonra, pues, desde aquel momento se hizo pública.

A la mañana supo esto su madre, y en seguida entró en su cuarto.

—¿Conque de esta suerte mancillas el nombre de tus padres? la dijo.

—Madre, no me acuse usted hasta que no lo sepa todo, respondió Isabel.

—No hay paliativos á tu infamia; con que no me cuentes nada.

—Pero es que..., respondió Isabel.

—Nada, dijo su madre. Estarás aquí hasta que te cures, y entonces tú y el fruto de tu delito os podéis marchar.....

.....

A las ocho de la noche se veía andar con paso lento y vacilante, por el camino de Madrid, á Isabel, llevando un niño en los brazos.

III

Eran los últimos días del mes de Mayo, y á la caída de la tarde paseaban por los frondosos jardines del Real Sitio de Aranjuez los cortesanos que Carlos III había llevado de jornada.

Llamaba la atención de todos los paseantes una pobre mujer, joven, pero á quien los dolores quizá habían hecho envejecer prematuramente: llevaba un niño en los brazos, é iba implorando la caridad. Al pasar por su lado, dos cortesanos pronunciaron el nombre de Antonio Guzmán, y como los viera sentarse la mendiga, fué á colocarse cerca de ellos, en un sitio en que pudiera oírles.

—Yo creo que esa boda no se llegará á verificar, decía el más viejo de los dos paseantes á su compañero.

—Sí; ya está todo arreglado, y sólo falta que el rey nuestro señor conceda su real licencia para que Laura sea la esposa de ese villano de Antonio Guzmán, respondió su acompañante.

—No, villano no es Guzmán: pero aunque sea noble, tiene compromisos adquiridos ya; y aunque así no fuera, yo sabría impedir que no se uniera con la hija del duque, que de hace ya bastante tiempo tengo elegida para que sea tu esposa, dijo el viejo.

—Padre, respondió el más joven, no podemos luchar ante la evidencia; y respecto á esos compromisos que usted cree, le diré lo que á todos responde con su acostumbrada altanería: «El capitán D. Antonio de Guzmán no tiene más compromisos adquiridos que el contraído con doña Laura de R...», y que cumplirá bien pronto.»

La mendiga dió un grito y cayó desmayada; los cortesanos corrieron en su auxilio.

IV

El Rey se apiadó de Isabel y la concedió la audiencia que solicitaba; así es que cuanto se restableció de la enfermedad que se le inició la tarde que la hemos visto caer desmayada, se dirigió á Palacio.

—Señor, decía Isabel dirigiéndose al Rey, comprenda V. M. mi desolación.

—Esa es la expiación de tu falta.

—Señor, no fué falta, ha sido engaño de ese malvado, repitió Isabel; yo pertenezco á la familia de un hombre pobre, pero honrado, y si la locura del amor que me inspiraba Antonio y la promesa de matrimonio que me hizo, no me hubieran cegado, nunca faltara yo á mi deber.

—¿Y dices que hubo promesa?

—Sí, puede creerme V. M.; y por este niño que llevo en los brazos os pido que no concedáis esa licencia, que solicitarla sólo es una infamia.

—¿Pero voy á creerte á ti y á desairar al noble duque de R... y al valiente capitán de mi guardia?

—Señor, no lo tome V. M. por consejo; pero ante las deudas de honor no hay linaje ni valentía.

—¿Acaso tienes la prueba de lo que dices?

—Sí, y hoy mismo me pondré en camino para traer á V. M. de Toledo, donde la guardo, la promesa que me escribió y firmó antes de ir á la guerra.

—Entonces, cuando vuelvas decidiré.

Isabel partió aquella misma tarde para Toledo, y por la noche la conversación favorita entre todos los cortesanos fué la visita hecha al Rey por la mendiga desmayada, y el aplazamiento de la licencia para la boda de Antonio.

V

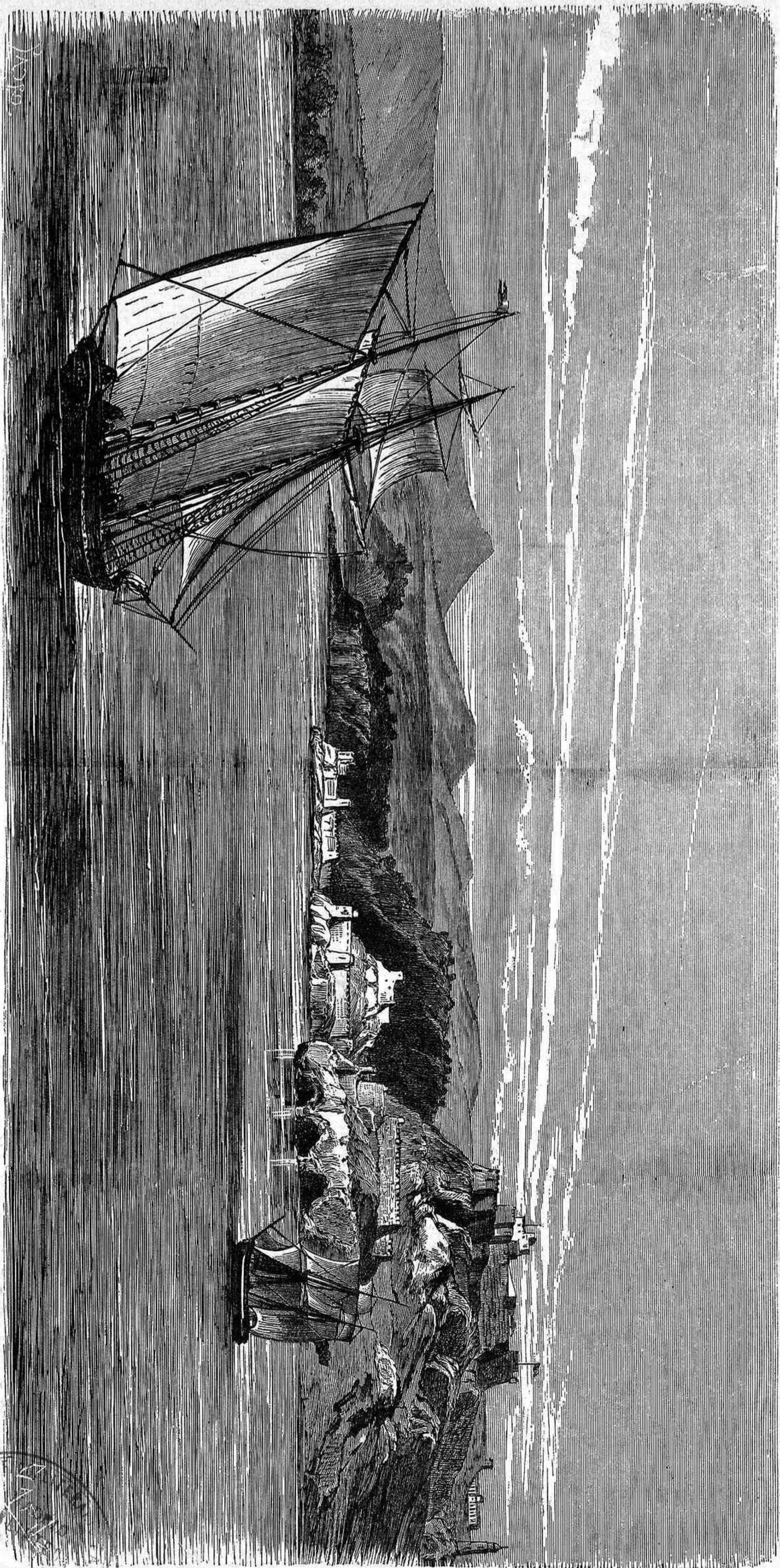
Cuando llegó á Toledo Isabel, Antonio, que se había enterado de la visita hecha por ésta al Monarca, la esperaba en la puerta de la imperial ciudad.

En cuanto la vió, Antonio se apresuró á saludarla y la fué acompañando. Pero ¡qué diferencia entre este acompañamiento y el que unos años atrás verificara! Antes todo era verdad, amor, desinterés; ahora sólo había fingimiento. Unos años antes Isabel era feliz, tenía una familia, un hombre que la adoraba y un hogar que la preservaba del frío y el calor; hoy, sin familia, sin hogar y sin tener otro ser á quien adorar que su hijo, ni más cariño que el de Dios, vuelve á Toledo. Antonio también ha cambiado; ya no es el soldado que no tiene más aspiración que obtener el amor de Isabel; ahora es capitán, pero la ambición corroe su alma, y se considera desgraciado por no tener mayores empleos.

Antonio la habló; cortesano ladino, supo hacerlo en los términos más convenientes, y la pobre Isabel fué tan inocente, que creyó en el arrepentimiento de él, y accedió á ir por la tarde á un molino donde decía tener citados á un capellán y unos amigos, delante de quienes prometería solemnemente hacerla su esposa á la mayor brevedad.

En cuanto se separó Antonio de Isabel, ésta, con el corazón henchido de gozo, se dirigió al convento donde la guardaban la promesa de Antonio. Pasó allí todo el tiempo que mediaba hasta la

CUBA.—ENTRADA DEL PUERTO DE SANTIAGO





D. RAFAEL SERRANO ALCÁZAR, DIPUTADO A CÓRTEZ



PONTEVEDRA.—CASTILLO FEUDAL DE CHURRUCHAO

hora de la cita, y cuando llegó este momento, con la promesa en el bolsillo, se dirigió á la puerta de Visagra.

VI

Hacia ya bastante tiempo que Antonio la esperaba, y juntos como en mejores días, se dirigieron al Molino.

Como es propio en la estación en que se encontraban, hacia un tiempo muy despejado, y la gente acudía á respirar el fresco ambiente de las huertas; estaba, pues, el camino que recorrían Isabel y Antonio, muy animado. Los que no conocían á Isabel, se quedaban admirados de ver á una mendiga acompañada de un capitán; los que los conocían se sorprendían de verlos otra vez juntos, y á todos inspiraba curiosidad aquella misteriosa pareja, en que se veían reunidos el lujo y la miseria.

Queriendo evitar tanta mirada como se fijaba en ellos, Antonio é Isabel aceleraron el paso, y muy pronto se encontraron en el Molino.

Isabel extrañó no ver á los caballeros que le había dicho Antonio; pero éste la tranquilizó, prometiéndola mandar otros, si no acudían á su cita, y se pusieron á pasear por la orilla del Tajo.

—¿Y tienes ahí la promesa? la preguntó Antonio.

—Sí; y aún conserva los dobleces que tú la hiciste al entregármela.

—¿A ver, Isabel?

Isabel se la entregó, y tan pronto como la cogió Antonio, la arrojó al río.

Al ver esto, Isabel quiso tirarse á coger el codiciado papel á la corriente; pero Antonio la quiso detener, y comenzaron á luchar.....

.....

Al día siguiente aparecían tres cadáveres en la orilla: los de Antonio, Isabel y su hijo; en la cara del de Antonio se adivinaba una irónica sonrisa, quizá la que le produjera el ver á Isabel y el niño en el río, y pensar que ya habían desaparecido todos los obstáculos que se oponían á su brillante porvenir: en la fisonomía del niño había otra sonrisa; la de la inocencia: por él habían ocurrido tantas desgracias, y sin embargo, la felicidad no se había separado de él; el cadáver de Isabel lo expresaba todo y no expresaba nada; su semblante dejaba prever los esfuerzos que tendría que hacer en su lucha con Antonio para reconquistar su honor perdido: en la mano, desdoblada, presentaba la promesa de Antonio, como explicación de aquella tragedia, pues el río, no queriendo sin duda que Isabel muriera deshonrada, respetó el manuscrito.

En Toledo se llamó á este crimen, el del Papel; y el Molino quedó con este nombre.

V. FERNÁNDEZ CUESTA Y PORTA.

La libertad en el arte.

(APUNTES)

Cuestión es que debía darse como ventilada y resuelta definitivamente, y que todavía constituye quizá la base más principal de las discusiones literarias y las contiendas sobre estética y bellas artes.

No vamos á hacer sobre el mismo tema un estudio de metafísica y ciencia profunda; pero sí apuntaremos ideas generales, comprobadas en ejemplos que, en nuestro sentir, de ellos resulta, como resulta del estudio más serio del hombre, que todas aquellas manifestaciones del sentimiento, que todos aquellos arranques de su entusiasmo y su fantasía, que todas las explosiones de su inteligencia y de su corazón, han de ser libres para ser bellas.

Lo que es irónico como el cariño, lo que es espon-

táneo como la amistad, lo que nos eleva y engrandece como la fe, nos mejora como la gratitud y nos consuela como la esperanza, es de aquella naturaleza humana á un tiempo y casi divina que nos acerca á una perfección que debemos llegar, y nos lleva á satisfacciones más puras que debemos sentir. Y el arte tiene esta misión de perfeccionamiento y mejora, porque el arte va á la idea, porque siente en lo temporal lo eterno, en lo finito lo infinito; toma la vida del alma del artista, toma las formas y las vestiduras de la naturaleza, y tiene como fuentes de inspiración al hombre, á la naturaleza y á Dios.

He dicho que el arte va á la idea, y voy á probarlo. La primera aspiración del arte, y aspiración humana, es á la inmortalidad, en la cabaña griega, en el templo indio, en la tienda arábiga, en la pirámide, monumento fúnebre, en el arco, monumento triunfal, y en el pórtico, monumento religioso. El arte indio es una lúbrica florescencia de amor á la naturaleza, donde la escultura hace el ídolo con muchos brazos y muchas cabezas, para significar la fuerza y la inteligencia. El arte egipcio simbólico graba la historia en granito, con el número siete designa los planetas, con el doce los pies que ha de subir el Nilo para fertilizar los campos, y hace en la esfinge el simbolismo del simbolismo. Los órdenes en el arte griego seguían esta gradación: el dórico, que representa la fuerza, para Minerva; el jónico, que refleja la gracia, para Proserpina y las ninfas, y el corintio, que es intermedio, para Diana y Baco.

El arte morisco es inconoclasta, como lo fué el arte cristiano en los primeros tiempos ante la idea superior de Dios, y todo sube al cielo en el arte ojival, porque todo es idea. ¿Qué importa que los preceptistas lo condenaran, si de ellos el mundo se ha olvidado, y en las bóvedas de aquellos templos vivirá la oración del hombre como en el seno de su Dios?

Los músicos italianos se identificaron con su tiempo antes de la unidad, y sus óperas no morirán jamás, porque en ellas palpita y vive una necesidad de amor á la patria que todo lo llenaba en su época; el sentimiento de libertad que estalla en *Los Mártires*, en *Moisés*, en *Beatrice di Tenda*, en *Los Puritanos*... aplaudidos á rabiar, dice Alarcón, por aquel pueblo de Venecia oprimido, que siempre quería y esperaba la degollación y muerte del extranjero, porque el extranjero era el tirano.

Y si el arte va á la idea, debe ir libremente, sin cauce fijo, sin camino cerrado, como sea, como se manifieste.

En mi defensa del arte libre hago del genio un Dios, y del talento un Rey.

Si el interés de sistema, la pasión de escuela, el precepto invariable y la regla estrecha oprimen y limitan la inspiración del artista; si un criterio convencional pretende erigirse en ley obligatoria; si las joyas del arte han de ir encerradas en formas incapaces, yo entiendo que de todas las reglas debe hacerse astillas, de todas las constituciones tabla rasa, de todos los preceptos rifa, y de todos los moldes hoguera.

Proclamo el arte libre para crear entre todos, todas las bellezas que el hombre siente y anhela, como el pensamiento libre para ver entre todos todos los aspectos de todas las cosas. No hay que dudar.

Contra un criterio exclusivo se levantarán todos los demás; contra una afirmación única brotarán cien negaciones, y el arte y la belleza que todos sentimos serían malditos y negados si fuéramos á definirlos con un criterio de fe, de razón, de mayoría ó de autoridad.

Cuanto se encamine á dirigir por senderos fijos la imaginación del artista, bajará sus vuelos, negará el carácter individual y humano de sus obras, este sello que crea los géneros, este carácter que da al artista personalidad y nombre, gloria y satisfacciones fecundas, fama imperecedera y eternos privilegios.

Preguntándole Juan Scott á Raimundo Lulio qué partes tenía la ciencia, contestó:—«La ciencia no

tiene partes: es el todo.» Pues bien: del arte se puede decir lo mismo; no es un sistema, no es un procedimiento de hacer, no es un fondo y una forma, no es una imitación y una manera, es una idea y una expresión; palabras más propias porque con ellas se distingue perfectamente el pensamiento creador y la manifestación externa y sensible.

Ahora bien: el arte que ha sido como el todo como el resumen, como la definición de una época entera, que por sus períodos se divide la Historia mejor que por sus héroes y por sus capitanes, el arte contemporáneo ha de venir hoy á esta lucha, á este drama que está desarrollándose en el mundo en un momento en que todo vacila, se estremece, se derrumba y se va.

No puede ser alto ni sublime, porque nos faltan ideales; ni amoroso y elegíaco, porque nos falta compasión y misericordia; ni sagaz y penetrante, porque las sombras se disipan; ni irónico ni impío, porque éste viene con períodos decadentes y estamos ahora en época de contrastes y revoluciones: debe ser, pues, libre en todas sus manifestaciones y en todas sus esferas. Ha de mirar al corazón y á la cabeza, y ha de reflejar la duda y la fe, la ira y el perdón, la providencia y el genio, las pasiones y los éxtasis, lo humano y lo divino del hombre. Yo diría que el arte es Goethe, y recordando una frase feliz de González Serrano, diría que el arte es Goethe porque su altísima personalidad es, ante todo, como una síntesis de su tiempo, y porque sus obras pueden ofrecerse como un sincretismo de todos los gérmenes de la vida moderna.

Cuando nadie puede definir la verdad sin protestas, ni decretar la belleza, ¿podremos negar á nadie el derecho de buscarlas por su camino?

Y en esta afirmación de la libertad amplísima para crear, es claro que yo no he decir al artista que no sea retórico, ni espiritualista, ni revolucionario. ¿Cómo negarle en el arte literario el estudio de los modelos, el sentido individual, lo que en él sea característico, ni pedirle que olvide á Horacio, reniegue de Boileau, maldiga á La Harpe y borre de su memoria á Lista y á Revilla?

Pero sí he de tronar contra el exclusivismo de las sectas y decirle al artista: «Haz lo que quieras, pero haz belleza; hazla como quieras, pero realízala; no he de imponerte aquella escuela que en mí no produce, y que si tú no la sientes estrechamente, limitará tu inspiración.» Porque esos que se llaman secretos de la factura y de la manera, del tecnicismo y la forma, constituyen la maquinaria estéril de posturas y preceptos que, en último caso, no son más que trinchera donde se refugia el espíritu débil, asilo donde se guarece el artista de compromiso, morada donde vive el huérfano de inspiración, y armas con que se defiende el poeta de los salones.

La técnica del arte no debe ser la retórica, sino la estética. Las reglas deben ser las de la expresión, y habéis de juzgar del conjunto, de la faz, del carácter, de la unidad típica, de la armonía, de la proporción y de la variedad; porque las obras de arte tienen la vida del pensamiento y del genio que las crean y toma sus vestiduras, no de un preceptismo convencional, no de una sastrería de ropas hechas, sino del buen gusto que nace con el acto reflexivo y el acto creador de la producción de la obra bella. Los genios crearon las escuelas, y se perdieron ellas cuando el genio acabó su misión, y amparadas por las medianías, llegaba otro talento superior y las aventaba. ¿Qué hicieron los discípulos de Lucas Jordán con sus reglas y sus lecciones? Cuadros que se han perdido, porque no merecían conservarse.

La pintura se producía perezosamente con los pintores místicos. Rafael se coloca á la cabeza del Renacimiento, dando á sus vírgenes la hermosura clásica; Vinci preside á los pintores de Milán por su vigor y energía; Ticiano crea la escuela veneciana, maravilla del color; brilla Correggio con los resplandores de la luz más intensa, y aparece Rembrandt como la revelación de las sombras, y Andrés del Sarto como la revelación del dibujo. Wand Dyk copia á los hombres con maestría irreprocha-

ble y crea el retrato; Murillo copia á las vírgenes con los colores del cielo, y surgen los pintores de la belleza y de la gracia; Velázquez concibe y hace con la voluntad; la escuela boloñesa, llamada de los plagiarios, mejora los originales con Francia, Guido Reni, los Caracci y el Dominiquino; Rubens hace vivas las mujeres desnudas, y Miguel Angel parece en el arte dios panteísta que todo le crea; y todo lo domina, y todo lo es. ¿Dónde aprendieron y adivinaron sus triunfos? En la contemplación de su alma y en las inspiraciones de su genio.

Y si cuanto en el hombre germina, luchas y pasiones, es fuente de inspiración y de belleza, que, si lo es, yo aplaudo más que á Jorge Sand, que canta una pasión, á Honorato Balzac, que las canta todas; extendiendo esta afirmación á cuantas ideas generadoras aparezcan, que no hay derecho para condenar una sola, porque así como se negó la belleza del arte oíval, se podría negar á las obras de Morales el Divino, que no pintó bien, más que la cabeza de Cristo, porque era la única imagen que se reflejaba en su alma.

La primera manifestación del arte fué la poesía lírica, y será la última porque es la más permanente, y es la más permanente porque es la más humana; y en este siglo del hombre se levanta y se engrandece, porque entre rebeliones y dudas, y choques y contrastes, aparecen las energías; el pensamiento se reconoce en toda su integridad, el arte toma carácter subjetivo, las sectas se disuelven, y en nuestra alma erigimos altares, y en nuestra conciencia libre adoramos á Dios.

El ideal del arte es la belleza, pero el medio es la libertad, que hace de las ilusiones realidades perfectas.

¡Las ilusiones!

¡Lo único que nos consuela en esta vida triste, á la que no sabemos por qué venimos... de la que no sabemos por qué nos vamos!

En último extremo, preciso es convenir en que las reglas son inventadas por el genio, son hijas suyas, se presentan como resultado de su inspiración y no como norma obligatoria, y jamás contra el genio se podrán aplicar, porque ellas solas ni hacen ni enseñan. Pueden servir de consulta, se deben permitir cuando el artista las necesita; pero no se le deben imponer jamás si las rechaza. Preceptos se encuentran en Homero, en Virgilio, en Tasso, en Milton, en Victor Hugo, y no fueron preceptistas. Si Aristóteles, con toda su poética, suena la trompa épica, de seguro que suena mal. Longino trató el sublime, y si hubiera querido hacerlo, probable es que no hubiera dado con él. Cervantes ha definido la poesía maravillosamente, y no supo hacer versos, y La Harpe dió modelos, pero no fundó escuela. En cambio, Santa Catalina de Siena, la insigne autora del diálogo con el Padre Eterno... ¡no sabía escribir!

La masa de pirámide caracteriza el arte egipcio; la línea recta horizontal, el arte griego; la línea ascendente, el arte cristiano. La virgen de la escuela flamenca es madre compasiva, tierna, dulce, sentimental; la virgen florentina es diosa; la virgen sevillana es virgen; y en el arte son todas puras y castas, como lo eran para Winkelman la Venus de Milo y la *Madonna* de Rafael.

Así el artista realizará su fin en obras inmortales cuando ofrezca sin impurezas la realidad, cree los tipos, haga nobles las pasiones, sorprenda con lo inesperado y original, domine con el interés de sus ficciones, descubriendo lo moral en lo verdadero, lo bello en lo grande, y haciendo sentir por la delicadeza muchas sensaciones en un solo goce, sin ser dogmático, ni docente, ni legislador, ni tirano, y dejando abandonada á sus impresiones el alma privilegiada, la inspiración genial, esa cuerda sonora de gran tensión que vibra á todos los aires, que gime y se lamenta con todos los estremecimientos, que canta y llora con todas las ondulaciones y que tiene ayes más puros y notas más acordadas cuando os conmueve espontánea y os enamora libre.

CONRADO SOLSONA.

LOS EGOÍSTAS

Arreglo del inglés por A. Ordax.

(Continuación.)

XX

Mir quedó un poco impresionado en presencia de Luisa. No recordaba haber visto un conjunto tan extraño de elegante indolencia y cortedad, de fría reserva y afectuosa cortesía, de noble altivez y sencilla modestia.

Su rostro no era menos singular que sus maneras, porque el juego natural de su fisonomía estaba de tal manera contenido, que era imposible adivinar su verdadera expresión.

Mir reconoció que sería inútil comprender á esta joven, hasta mucho tiempo después de constante trato, y pasó á examinar la habitación en que se le había recibido. Fría é incómoda, cargada de un lujo arrogante, duro, antipático, esta sola no dejaba sospechar en ninguno de sus detalles la más ligera huella de mujer. Todo formaba allí perfecto acuerdo de dureza é inmovilidad con la figura de Bun, pavoneándose entre aquellos muebles, que le servían de irremplazable marco.

—Observe usted, Sr. Mir, que mi mujer es mucho más joven que yo, y es además tan gran matemática, que si por acaso necesitase usted completar su instrucción en esta ciencia, yo no podría recomendarle un profesor mejor que Luisa.

—Sería imposible recomendarle en ese caso un profesor más agradable...

—Si da usted en la galantería, interrumpió el bullicioso Bun, hará usted camino, porque no hay aquí quien haga á usted concurrencia. Yo no he estado nunca en posición de poder estudiar cumplimientos, é ignoro su arte. Seamos francos; le desprecio. Hay gran diferencia entre usted y yo. Yo no soy más que Bun, y esto me basta; no me dejo dominar por las maneras y el nacimiento.

Luisa, sofocada cuantas veces su marido hacía ostentación de esta humildad fanfarrona, aprovechó una ligera pausa para decir á Mir:

—Si no he oído mal, parece que es usted candidato para diputado á Cortes por este país. ¿Está usted resuelto á mostrarle el medio de salir de todas sus dificultades?

Y al decir esto Luisa, ofreciendo siempre ese singular contraste de una mujer á la vez cortada y llena de aplomo, continuaba de pie en el mismo sitio de la presentación.

—Nada de eso, sonrió Mir; he corrido algo el mundo, y he visto que no vale gran cosa. Vengo, pues, simplemente á secundar las opiniones de su padre, porque todas me son indiferentes, y lo mismo me da defender unas que otras.

—¿Luego usted no tiene ninguna? preguntó Luisa.

—Ninguna. Las mil formas distintas del aburrimiento que me consume, me han persuadido de que tal serie de ideas puede hacer tanto bien ó tanto mal como cualquier otra. Así, no atribuyo importancia, no tengo preferencia por ninguna. Mi divisa es: *lo que será, será*.

Mir observó que esta abominable ostentación de improbidad, vicio tan perverso y común por desgracia, no parecía desagradar á Luisa, y prosiguió de modo que ésta pudiera dar á sus palabras un sentido tan serio ó poco serio como quisiera:

—El partido que quiere probarlo todo con una línea de unidades, decenas, centenas, me parece la mayor burla del mundo y la más digna de éxito seguramente. Por eso estoy dispuesto á servirle como si creyera en él, y en verdad que, aunque creyera eso, no trabajaría más por su triunfo.

Bun, reducido al silencio en toda conversación algo culta, no pudo contenerse más, y la interrumpió invitando á Mir á dar un paseo electoral por Cok mientras llegaba la hora de comer.

XXI

Gracias á sus conocimientos estadísticos, Mir salió victoriosamente de esta jornada alrededor de las notabilidades cokenses.

Por la noche, Mir observó que había cuatro cubiertos; pero un puesto quedó vacío. Durante la comida, Bun refirió detalles graciosísimos de su juventud, y demostró que en tal número de sus primeros años había consumido lo menos tres caballos en forma de salchichas.

Mir exclamaba de cuando en cuando: —¡Admirable! pero es seguro que habría dispuesto partir al día siguiente, cansado ya de oír á Bun, si el singular tipo de Luisa no excitara cada vez más su interés.

—¡Qué! se preguntaba Mir mirándola, ¿No habrá nada capaz de conmover ese impasible rostro?

De pronto apareció un joven la puerta, y las facciones de Luisa se animaron con una dulce y prolongada sonrisa. Era tan vivo el contraste que ofrecía ahora este rostro con el inmutable que hasta entonces había sido objeto de inútiles investigaciones por parte de Mir, que cuando éste vió á Luisa estrechar la mano del recién venido como si quisiera llevarla á sus labios, exclamó para sí:

—¡Hola! ¡Hola! He aquí el único ser por quien ella se interesa. ¡Valiente mequetrefe! ¡Pero bueno es saberlo!

—Cuando yo tenía tus años, Tom, dijo Bun, siempre llegaba á la hora en punto de comer, ó me quedaba sin comer en otro caso.

—Cuando usted tenía mis años, no descubría usted en sus libros un error que fuese indispensable rectificar...

—Señora Bun, dijo Mir, que oía perfectamente esta conversación cambiada á media voz; la fisonomía de su hermano me es tan familiar, que creo haberla visto alguna vez en Londres.

—No, contestó ella con vivo interés; se ha educado aquí, y no ha salido aún de Cok.

Mir observó ahora á Tom, le encontró como era: tosco, huraño y profundamente egoísta. Era preciso, pues, que el corazón de la Bun hubiera estado en la más grande soledad para explicarse una afección tan injustificada, y Mir pensó:

—No puede haber otra causa para que este mequetrefe la interese con tal extremo.

Mientras tanto, el mequetrefe, en presencia de su hermana, se deshacía en gestos á Mir, para demostrarle el desprecio que le merecía Bun.

Mir, aunque sin corresponder á estas comunicaciones telegráficas, se mostró hacia Tom muy amable durante la comida; y cuando se levantó para marcharse, pretextó que no conocía las calles, para que Tom se ofreciera á acompañarle. Sucedió así, y salieron juntos.

XXII

—Suba usted, dijo Mir en cuanto llegaron á la puerta del hotel; fumaremos y beberemos algo en mi habitación.

Aceptó Tom un ofrecimiento hecho con esa distinción natural de Mir, mezclada á cierta delicada familiaridad, y subieron.

Vino generoso mandó servir Mir, y alargó á Tom un excelente puro.

El mequetrefe se arrellanó en una butaca frente á Mir, y empezó á examinarle con aire impertinente, y pensó:

—No parece prestar gran atención á su traje, y sin embargo, ¡qué bien viste!

Mir, sin dejar de observarle, aunque con su indiferencia habitual, notó que había ya vaciado su vaso, y se lo llenó con negligente mano.

—¡Gracias! dijo Tom. ¡Y bien! ¿Qué le parece á usted ese vejete?

—Un buen hombre.

—¿Eso cree usted? replicó Tom guiñando un ojo.

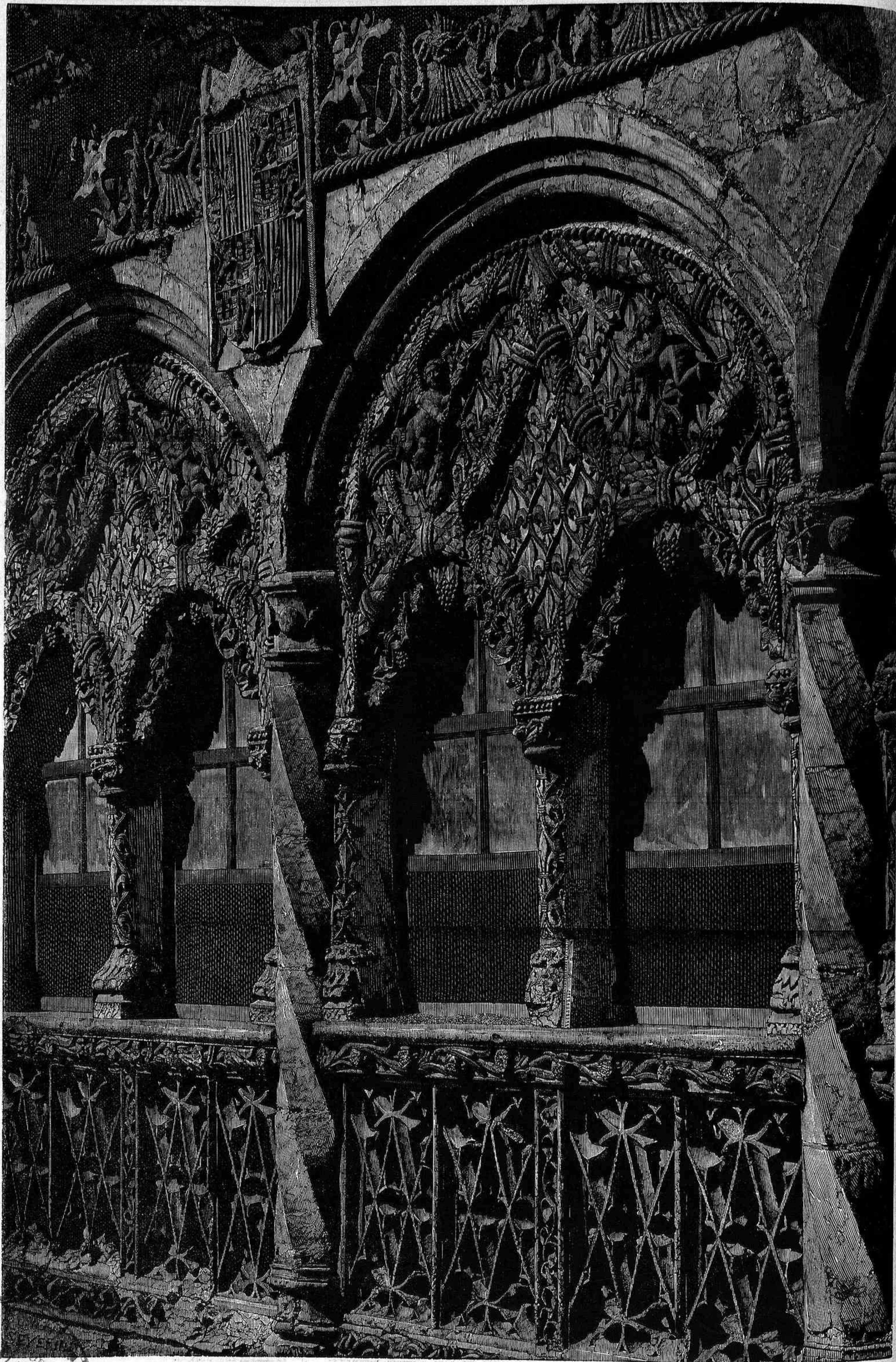
—¡Qué singular cuñado hace usted!

—Lo que querrá usted decir es, qué singular cuñado hace el viejo Bun.

—Como más le convenga á usted, querido Tom, replicó Mir riendo.

Había algo tan agradable en esta intimidad con un hombre tan distinguido como Mir, que Tom excesivamente satisfecho de sí mismo, añadió con la mayor ingenuidad:

(Continuará.)



VALLADOLID.—CLAUSTRO GÓTICO DEL MONASTERIO DE SAN GREGORIO



So
en p
nía
hab
Raon
dem
P
con
tan
—
pers
que
tar u
men
chón
ver
cóm
preo
supo
dere
para
te; l
cuan
con
es b
un v
M
petu
ses,
con
otra
P
con
reab
La
saba
pare
«¡Qu
El
char
dor
pecu
cer
caer
Di
mos
nos
fund
El
iba r
Un
suma
y ap
De
se co
rrone
mult
Un
dade
golfá
ango
Al
una
nos a
La
ban l
un gi
naria
gres
De
lian
panto
La
vulsio
Par
para
formi

Inglés y franceses de viaje.

NOVELA SUIZA, DE TOPFER

(Continuación.)

Sobre este punto no era menor su erudición que en política; respecto á esos lindos cuadrúpedos tenía ideas, datos y axiomas que á buen seguro los había estudiado en las obras de Alejandro Dumas, Raoul de la Rochette, ú otros famosos autores *ejusdem farinae*.

Pero, á fuer de discípulo de ingenio, aventajaba con mucho á sus maestros, y dejaba muy atrás á tan doctos varones.

—¡Señores! decía el parisiense con tal acento de persuasión, que por poco me deja convencido de que hablaba formalmente. ¡Señores! si queréis matar una gamuza, no le habéis de disparar directamente, como si fuese un choto ó algún oso bonachón; la gamuza, señores, es la misma astucia; al ver que la apuntan, ¡zas! desaparece, no se sabe cómo ni por dónde; para matar á ese animalito es preciso valerse también de la astucia. Verbigracia, supongamos haya uno en aquel picacho á nuestra derecha: para no errar el tiro ó, por mejor decir, para no perderlo, disparo contra la peña de enfrente; la bala hiere de rebote á la gamuza, que cae cuando menos se lo piensa; pero si he de hablar con franqueza, os confesaré, señores, que la cosa es bastante difícil, aunque, á Dios gracias, más de un venado he muerto yo de esta manera.»

Mucho trabajo me costaba no reirme al ver á tan petulante orador arengando á los flemáticos ingleses, que tenían talento de sobra para no comulgar con tales ruedas de molino, y sobrado mundo por otra parte para desmentir á su compañero de viaje.

Pero era cosa clara para mí que el parisiense con su charla los cansaba, los abrumaba, los mareaba.

La fisonomía contraída de los dos ingleses rebosaba de una paciencia á duras penas reprimida, y parecía exclamar el semblante de los pacientes: «¡Qué cansados son estos perros parisienses!»

El que aparentaba ser mayor de edad, aprovechando un minuto de respiro que les dejó el orador al sonarse, interpeló al guía con ese lenguaje peculiar de los hijos de la Gran Bretaña: «Guía hacer vosté diligencia; yo temer mucho que pluvia caer; nos querer caminar avanti.»

Dicho esto, levantóse el inglés; los cuatro seguimos su ejemplo, y poniéndonos en marcha, luego nos internamos en los desfiladeros oscuros y profundos de la Montaña Negra.

El tiempo, tan sereno y despejado por la mañana, iba nublándose cada vez más.

Unos leves vapores blanquecinos, corriendo con suma rapidez, habían empañado el azul del cielo y apagado el brillo del sol.

De minuto en minuto, aquellas neblinas tenues se condensaban, formando negros y espesos nubarrones, que se iban amontonando atropellada y tumultuosamente alrededor de los picachos.

Un viento ardoroso, subiendo de las profundidades del valle, cual si lo vomitara el suelo, engolfábase con ronco ímpetu en aquella garganta angostísima.

Al impulso de su soplo poderoso, levantábase una nube de arena y piedrecitas que nos cegaba y nos azotaba el rostro.

Las hierbas, las plantas, los arbustos se inclinaban hasta el suelo, cual si los hollara la planta de un gigante, mientras los abetos, las encinas centenarias, torcidas sus ramas, prorrumpían en lúgubres y prolongados gemidos.

De la profundidad de las cavernas y cuevas salían horribles aullidos, chirridos y silbidos espantosos.

La naturaleza parecía ser presa de horribles convulsiones.

Paróse la conversación, y redoblamos el paso para alcanzar algún abrigo contra la tempestad formidable que se nos venía encima.

A cada instante dejábamos detrás de nosotros unas crucecitas plantadas al borde de los abismos.

Aquellas cruces señalan el punto en que durante el invierno, ó en los primeros días de la primavera, perdió la vida algún infeliz montañés sobreco-gido por el frío ó sepultado debajo de un alud de nieve.

Al pie de una de las cruces estaba arrodillada una pobre mujer con los ojos arrasados en lágrimas; rezaba sin duda por su esposo, pues llevaba luto.

Asustada su cabra por el ruido que movíamos, huyó dando bricos de peña en peña, hasta la orilla de un abismo, desde donde se puso á mirarnos con aire provocador.

En aquel mismo instante estallaba la tempestad con una furia tremenda; pero por fortuna nos hallábamos cerca de la Peña de los Ingleses, la cual, formando un inmenso antepecho nos brindaba con su abrigo contra la lluvia, que caía á torrentes, mezclada con granizo.

Por una inscripción grabada en la parte más saliente de la roca, consta que la compró al pueblo vecino una señora inglesa, pagándola en sendas y legítimas guineas.

—¡Toma! dijo el francés, después de haberse enterado de la inscripción: hétenos aquí en Inglaterra! Infinitas gracias, señores, por la hospitalidad! Sólo hace falta aquí un buen *beefsteack* y una botella de legítimo Burdeos. Doy el parabién á vuestra compatriota, milores, y también al alcalde del pueblo; no tendría pelo de tonto ese buen señor... ¡Cáspita!... ¡Vender peñas y guardárselas; esto sí que es ser muy ducho!... ¡Señores, brindo por el alcalde ladino y la *miss* generosa!

A los ingleses les disgustaba mucho, según se veía, el tono burlón que gastaba el francés respecto á un acto cuya misma excentricidad era para ellos una cosa grande y mucho nacional, mucho *ainglis*.

Guardaron, pues, una reserva extremada al par que desdeñosos, no dignándose contestar á las bromas del *frenchman*.

Era evidente para mí que si el francés hubiese querido lisonjear algún tanto el orgullo nacional de sus compañeros, fácil le hubiera sido hacerles prorrumpir en alabanzas extremadas por la acción de su compatriota, y estoy cierto de que hubieran soltado la exclamación favorita de los ingleses: *¡los aingleses y las ainglesas ser il praimer people de la terra!*

Mas aún: estoy convencido de que, con un poquito de maña, les hubiera hecho cantar el *Good save the Queen*.

Y á fe que oír cantar á un inglés es mucho más chistoso y gustoso que el verle malhumorado, cual se pusieron los dos isleños.

Pero al fin y al cabo, si el francés les había armado broma tocante á la peña, no tardaron mucho en quedar vengados, pues nuestro atolondrado parisiense, con objeto de disfrutar á sus anchas de la vista, que era muy imponente, había hecho de su famoso bastón una silla, sobre la cual se estaba arrellanado, muy ufano y satisfecho; pero he aquí que de un golpe y á la vez rómpense los tres pies, y se cae de espaldas el parisiense en el centro de un charco de agua, nada cristalina por cierto, manchándosele la levita, aplastándosele el *charmant chapeau* impermeable, y desarreglándose la raya del pelo.

Nunca en mi vida he visto á dos ingleses reír con más gusto y con tanto abandono, pues ambos prorrumpieron en una carcajada sonora y prolongada, que de seguro debía salirles de lo íntimo del corazón.

Por lo que toca al francés, de un brinco se puso en pie, como si lo impeliera la descarga de una pila eléctrica, echó algunos votos, acabó de romper la silla maldita, cuyos trozos arrojó al torrente, y concluyó, en fin, por reírse de sí mismo con tan buena gana como nos reíamos nosotros.

Entretanto, continuaba diluviando.

—Esta vez sí que nos hallamos de veras en Inglaterra, exclamó luego el francés; y á fe que no deja por esto de encontrarse uno muy mal... En

resumidas cuentas, soy de parecer que vale más seguir nuestro camino, aunque sea chorreando agua, antes de estar esperando aquí que se nos seque la ropa encima del cuerpo... ¡Conque, señores, vamos; quien quiera, que me siga!

Al decir esto, púsose alegremente en camino.

No tardaron los ingleses en hacer otro tanto y seguir su ejemplo, pues era el partido más acertado.

Cuando uno es joven, goza de buena salud, y, sobre todo, está acostumbrado y le gustan los viajes, no es trabajo tan penoso como algunos se figuran el andar á pie arrojando y desafiando la tempestad.

Verdad es que se va hecho una sopa, mojado como ropa de Pascuas; pero ese leve inconveniente trae la ventaja de que uno saborea con más placer el gusto que se siente en refugiarse en una estancia más abrigada, mudarse la ropa, calentarse al amor de la lumbre y tomar asiento junto á una mesa provista con abundancia.

Pero aun dado caso que no hubiera tales gustos, ¿acaso no es muy deleitoso el contemplar esas escenas majestuosas con que en los Alpes nos brinda la tempestad?

¿Por ventura nuestro corazón, siempre ansioso de emociones, no disfruta en aquellos momentos de encantos inefables?

Después de haber reflejado, cual espejo, la serenidad de las horas matutinas, los radiantes ardores del medio día, nuestra alma refleja á su vez los parduscos y pesados nubarrones, el sublime tras-torno de los elementos, y en medio mismo de esas grandiosas perturbaciones, encuentra el corazón goces íntimos que nunca hallaría en las blanduras del bienestar ni de la opulencia.

Quedéme rezagado de mis compañeros á fin de gozar más libre y completamente de tales emociones embriagadoras, que sólo pueden proporcionar los Alpes.

Experimentaba una vivísima y agradable sensación al encontrarme solo, aislado, perdido en las profundidades de las gargantas de la montaña.

Dábanme estremecimientos de placer el lívido fulgor de los relámpagos, el estruendo de los truenos repercutidos y decuplados por mil ecos sonoros, el fragor de los torrentes, el mugido horrisono de los vientos en la cañada.

Por esta razón me dió pesar, por decirlo así, el llegar frente al pueblo de Trient, del que creía estar lejos todavía.

En aquel mismo instante retumbó una alegre y ruidosa carcajada.

Era el francés, que desde la galería del mesón acababa de apercibirme hecho una sopa.

—¡Amigo! exclamó; aquí hay vino: venga usted corriendo, que lo agüaremos con el agua que usted trae.

Estas palabras me arrancaron de mis ensueños poéticos, é hicieronme sentir todos los inconvenientes que lleva consigo un chaparrón alpestre.

Apresuré, pues, el paso, ansioso ya de encontrar abrigo y algo que confortara mi estómago hambriento.

Está situada la aldea de Trient en el centro de un vallecillo, que en cualquier sentido que se mida no tiene más de un cuarto de hora de anchura.

Hállase, pues, encajonado tan hondamente entre picachos de inmensa altura, que sólo durante algunas horas puede el sol alumbrar el fondo de la cuenca.

Hacia una de las extremidades del valle, una nevera encerrada entre dos paredes graníticas y abierta en su base, deja oír sordos bramidos al vomitar una mole inmensa de olas azules, las cuales, abalanzándose por un despeñadero, van á perderse á través de las praderas.

En la extremidad opuesta á ésta, la montaña, partida desde su cumbre hasta su base, deja paso libre al torrente que va á perderse en insondables abismos que nunca pudo medir la mirada humana.

La situación que ocupa ese vallecillo, la sombra casi perpetua que lo cubre, la nevera con sus raudales cristalinos, todo ayuda á mantener en él un

verdor primoroso. Las praderas que alfombran el fondo de la cuenca, cuando se ven por la primera vez, sorprenden por el brillo y la vivacidad incomparable de su césped.

Se figura uno que acaba de descubrir algún edén desconocido, algún retiro de la Arcadia, en el cual, desde hace siglos, viven felices é ignorados del mundo los primitivos habitantes de tan encantado país.

En el valle se juntan el paso de la Montaña Negra y el de Balmes. Ambos senderos vienen á rematar al pie de la peña de Torclaz, que se tiene que subir y volver á bajar por el lado opuesto para llegar hasta Martigny.

En la aldea de Trient no había otra posada sino la en que acababa de refugiarme.

La caballeriza, el establo y el pajar ocupaban el piso bajo de la casa; en el principal se encontraba el aposento de los huéspedes, al que se subía por una escalera de abeto, en cuyo extremo se hallaba la galería desde la cual me había llamado el francés.

Como de vez en cuando sucede que algún viajero, sorprendido por la noche ó por la tempestad, tiene que pernoctar en Trient, los dueños del mesón han levantado dos camas muy modestas, pero muy limpias también, en la sala que sirve de comedor y botillería al mismo tiempo.

En el momento en que entré, los dos ingleses, que por temor á la tempestad no se habían atrevido á llegar hasta Martigny, acababan de tomar para sí las dos camas únicas, y después de haberse mudado la ropa y encendido cada uno un puro, habíanse echado en ellas mientras les servían la comida.

Tan espantosa se iba haciendo la tempestad, que me causaba viva inquietud la suerte de la primera caravana, de la cual, muy á pesar mío, había tenido que separarme por la mañana.

Por lo tanto, muy grande era la impaciencia que me atormentaba para saber si Emilia con sus padres acaso habrían bajado ya de la montaña y se encontrarían más allá de Trient.

Íbalo á preguntar á nuestro huésped, cuando un inmenso relámpago, seguido de un trueno horrible: detuvo la palabra en mis labios.

Persignóse devotamente el mesonero, y dirigiéndose á su mujer, que había acudido á la ventana, exclamó: — ¡Chica, creo que ha caído el rayo sobre la selva!

Hacia aquel punto dirigiéronse al instante todas las miradas, y vimos á un hombre que huía en dirección al mesón con toda la fuerza que puede dar el miedo.

Cuando estuvo bastante cerca, lo reconocí por uno de los guías que acompañaban á los padres de mi hermosa compañera de la mañana.

Con el corazón oprimido le dirigí varias preguntas á que no supo contestar; ningún indicio podía darme, pues había tomado la delantera con el objeto de llegar el primero á Martigny y tomar las camas que necesitaría la caravana.

Solamente me dijo que había caído el rayo encima del caserío de Privaz, el que estaría ardiendo en aquel momento, y cuyo ganado se había desparrramado por la selva, mugiendo los becerros de tal manera, que hacían erizar el pelo.

El francés, que había escuchado nuestra conversación, al oír que había señoras extraviadas en la selva, exclamó con arrebató: — ¡Conque hay señoras extraviadas en el bosque, en medio de semejante huracán! ¡Voto á...! No se dirá que un caballero francés ha dejado de volar á prestarles socorro. ¿Quién quiere venir conmigo? ¡Milores, hay señoras cuya vida tal vez corre peligro! ¡Vamos allá, corramos!

Los ingleses, tendidos cada cual en su cama, echaron al francés una mirada desdefiosa; ninguno de los dos se movió, ambos continuaron fumando con la mayor tranquilidad; hubiérase dicho que ni siquiera habían oído la generosa proposición del francés.

— ¡Con usted voy! exclamé. Soy todo de usted, disponga de mí.

— Pues bien; ¡corramos, amigo! replicó con fuego

el noble joven... *En avant!* ¡Abajo los poltrones y egoístas!

En este momento ya no era el mismo hombre de la mañana; había desaparecido el parisiense ligero de cascos; sólo quedaba un caballero animoso, de corazón levantado.

También en el mismo instante los sesudos ingleses habíanse transformado para mí en el tipo del egoísmo.

¡Sabían que varias personas, entre ellas dos señoras, corrían gran peligro, y eso no obstante, descansaban y fumaban esperando la comida!...

El francés llenó de vino una calabaza; tomé yo dos pieles de carnero, y ambos nos arrojamos en dirección de la montaña.

El almibarado parisiense trepaba con la ligereza y atrevimiento de un cazador de gamuzas; el fuego del corazón le daba alas.

Aún no habíamos andado media hora, cuando dimos con los señores geólogos, tan empapados en agua que sus pantalones les hacían el oficio de canales.

Pero no por esto iban más aprisa, sino que continuaban mirando, impertérritos y tranquilos, las estratificaciones de las peñas y los guijarros del camino.

Al llegar á la garganta de la montaña pude alcanzar al francés y le oí que refunfuñaba contra el sombrerero ladrón que le había vendido por impermeable un sombrero, á través del cual pasaba el agua como si fuera un cedazo. — ¡Aquí tiene usted mi impermeable hecho un papel de estraza! ¡Espera, señor sombrerero, ya nos veremos!... Lo que me consuela un tanto es que no le tengo pagado... Conque, amigo, ¿son lindas esas señoras?

Un trueno horrible me evitó el contestarle; por otra parte, tanto era el estruendo que movía la tempestad, que á duras penas podíamos oír lo que decíamos.

Después de andar por espacio de una hora, alcanzamos las regiones de las nieves y nos encontramos más arriba que la tormenta; ahora teníamos los rayos debajo de nuestros pies y reinaba allí un silencio tan profundo, como horrible era el estruendo que retumbaba en el valle.

No se nos ofrecía ningún sendero; nadie contestaba á los gritos que de vez en cuando arrojábamos.

Una llovina helada, fina, mezclada con nieve y granizo, nos hería el rostro y nos obligaba á andar con los ojos medio cerrados.

Estaba yo inquieto, acongojado, y el francés muy impaciente por dar con las señoras.

Ya perdíamos la esperanza de encontrar á los viajeros, cuando más arriba de donde estábamos vimos un mulo que bajaba de las alturas.

Para no espantarlo nos ocultamos detrás de una peña, y cuando pasó junto á nosotros, mi compañero le impidió el paso, mientras yo le cogía de las riendas.

Era el mismo en que iba montada Emilia por la mañana; bien le reconocía.

Este encuentro nos sumió á los dos en un océano de temores á cual más siniestros.

Pero sin perder tiempo en lamentos inútiles, el francés monta el mulo, mientras lo arreaba yo, para que nos sirviese de guía.

Al llegar á lo alto de una meseta descubierta, arrojóse el animal hacia la izquierda siguiendo una pendiente rápida, al par que se esforzaba en derribar á su jinete; pero éste se aguantó firme en la silla, y poco tardé en perderlos de vista.

Me quedé, pues, solo, presa de la más viva inquietud, y no sabiendo adónde dirigirme.

Por fin me resolví á seguir las huellas que dejara el animal cuando lo encontramos.

Acertada fué la idea, pues luego me encontré cara á cara con un hombre que bajaba por la cuesta.

Era el guía, que iba en busca de su cabalgadura.

(Se continuará.)

¡Murió!

Apagóse la luz de su mirada,
como la tarde cuando el sol declina;
cerró los ojos, y exhaló un suspiro
la madre mía.

Yo, derramando lágrimas de sangre,
besé su frente,
donde aún flotaban los pequeños rizos
que amante y loco acaricié mil veces.

Y en apretado abrazo confundidos,
sentí rumor lejano
de música sonora, cuyos ecos
hasta el fondo del alma penetraron.

Volví la vista, silencioso y frío;
mas de repente, claridad inmensa
iluminó un instante aquella alcoba
en donde estaba con mi madre muerta,
y celestial visión, en cuyas manos
un santo crucifijo se veía,
cruzó el espacio, descendió hasta el lecho,
y bendijo á la madre de mi vida.

Era el arcángel que las almas puras
conduce á las regiones eternas.
¡Dichosos ¡ay! los que al dejar el mundo,
mueren como mi madre!

J. Díaz Macías.

ESPECTACULOS

Más vale poco y bueno que mucho y malo.

Pocos estrenos hay que registrar en esta reseña; pero en cambio uno de ellos vale por muchos.

El padrón municipal, estrenado en Lara y original de D. Miguel Ramos Carrión y D. Vital Aza, es una producción que honra á sus autores, con ser éstos los maestros del género cómico.

La maestría se ve en el conjunto y en los detalles: en la sencillez del asunto, en la variedad de los incidentes, en la originalidad y acierto con que están hechas escenas muy difíciles, en la marcha de la acción, en la gracia inagotable del diálogo.

Los tipos están perfectamente dibujados, y los artistas del teatro Lara, que son artistas verdaderos, de los que hacen desaparecer su personalidad para que sólo se vea el tipo que representan, han realizado hasta este punto la asimilación y el dominio de los personajes de la obra.

La señora Valverde hace una pupilera que no hay más que pedir; la señorita Rodríguez una andaluza viuda de primer orden: este papel ha sido un triunfo más para la hermosa artista, cuyo talento ha admirado el público en géneros muy distintos; la señorita Pardo muy bien, y progresando rápidamente; Zamacois, Rubio y Romea D'Elpas presentando la realidad de lo imaginado por los autores.

No hay para qué decir que la hilaridad es constante, y que la ovación tributada á los Sres. Ramos Carrión y Aza fué verdadera y cariñosa.

Reciban nuestra humilde enhorabuena, así como los artistas y la Empresa.

Luchar contra la razón es un drama de los mejores que han escrito los Sres. Retes y Echevarría.

El Sr. Delgado luce en él las singulares dotes que el público le reconoce, y que admira y aplaude cada vez con más gusto.

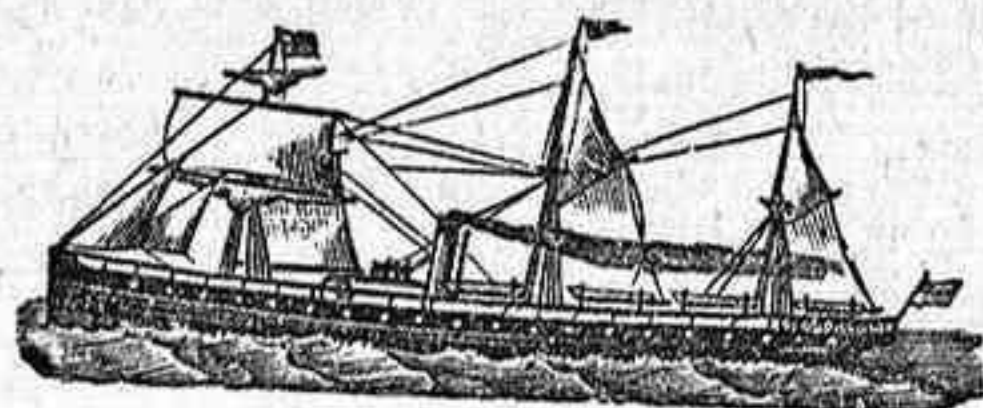
Luchar contra la razón, aunque no encaja por completo en el gusto dominante en la actualidad, proporcionará seguramente aplausos y dinero al teatro de Novedades.

Los gemelos del General, juguete estrenado en Eslava, no gustó.

CANTACLARO.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacifico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE MARZO

El 10, de Cádiz, el vapor *Isa de Cebú*; el 20, de Santander, el vapor *Cataluña*; y el 30, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Santander*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *San Ignacio de Loyola* saldrá de Barcelona el 1.º de Abril próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en Barcelona, la Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—Cádiz, Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Liverpool, Sres. Larrinaga y C.ª.—Santander, Angel B. Perez y C.ª.—Coruña, D. E. da Guarda.—Vigo, D. Antonio Lopez de Neira.—Cartagena, Bosch hermanos.—Valencia, Dart y C.ª.—Manila, Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

LA ILUSTRACION NACIONAL

Almirante, 2, quintuplicado.

VENTA DE IMPRESOS MILITARES

Se sirven á vuelta de correo toda clase de impresos y documentos para las oficinas de los primeros Jefes, Detall, Almacén, Cajeros, Habilitados, Compañías, Gobiernos militares, Bibliotecas, Caja de recluta, etc., etc.

Hay además toda clase de libros rayados y en blanco, Registros, papel timbrado, y cuantos encargos se pidan, con arreglo á toda clase de formularios, facilitándose todo en condiciones muy ventajosas y económicas.

MANUAL

DE

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA

POR EL TENIENTE GENERAL BRIALMONT

Traducido por D. Emilio Bonelli.

Obra de gran utilidad, ilustrada con 213 figuras y 6 láminas intercaladas.

Se vende en la Administración de LA ILUSTRACION NACIONAL, al precio de 5 pesetas.

Tomando 10 ejemplares, se hace una rebaja del 20 por 100, y el pago á plazos con garantía de los Cuerpos.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales: relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicación, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.

El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.

A los que deseen adquirirlos y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

GRAN BAZAR

DE

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

También se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

MANUAL DE LA COCINERA ESPAÑOLA Y AMERICANA

La Casa editorial de los señores Escibano y Echevarría acaba de publicar este Manual, que comprende con la mayor claridad y bastante extension todo lo que se refiere al arte culinario.

Su precio es el de 1 peseta en Madrid, y 1,25 en provincias. Los pedidos pueden dirigirse á dichos señores, Plaza del Angel, núm. 12, librería.

A LOS IMPRESORES

En la imprenta de este periódico es halla de venta una máquina nueva del reputado constructor M. Alauzet. La platina de la expresada máquina mide 85 centímetros de largo, por 65 centímetros de ancho.

También se vende una prensa, en muy buen estado, del renombrado constructor M. Gaveaux.

Ambas máquina y prensa, juntas ó separadas, se venderán en las más ventajosas condiciones. Para detalles, pormenores y contrato, dirigirse, bien por carta ó personalmente, á D. Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 duplicado, imprenta.

EPISODIOS MILITARES

POR

D. Antonio Ros de Olano.

Se vende en la Administración de LA ILUSTRACION NACIONAL, Correspondencia Militar y principales librerías.

Su precio, 3 pesetas en Madrid y 3 50 en p. ovincias.

ARITMÉTICA

PARA USO DE LAS ESCUELAS

POR

D. Pedro Molina y Vicente.

Se vende al precio de una peseta ejemplar en las principales librerías. Los pedidos al por mayor se dirigirán al señor administrador de la Revista de Correos, Madrid.

Negro firme.

IMPERMEABLES

No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricación y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposición, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESES

Marca «Gallo.»

Especialidad en Capotes impermeables, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisición de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

Lo que más gracia ha tenido últimamente, ha sido lo de Gracia.

Hay quien ha visto en aquel barrio de Barcelona una mascarada subversiva é irreverente.

Hay quien y quienes lo niegan.

Este asunto, por más que parezca á ustedes inverosímil, ha servido de tema para varias versiones en el Congreso.

Hubo discursos, apóstrofes violentos; se produjo una pedrea (salvo los respetos) entre varias fracciones de diferentes distritos políticos.

Hubo quien manifestó su opinión favorable á la declaración, no solamente de inmune, sino de santo suplente, para el representante en Cortes.

Hubo quien aseguró que el diputado vivía de limosna; es decir, que si alguna prerrogativa disfruta, es por concesión graciosa, y no por derecho propio.

En estas discusiones, el país no verá utilidad inmediata: pero es indudable que la hay.

—¿Ustedes creerán, voceaba un prestidigitador ambulante dirigiéndose al corro de espectadores gratuitos que *io sonno italiano? Pero non sonno sino spagnolo*. Fíjense ustedes en la *pronunsiasone*. *Questo é indispensable per lo que va á seguire en il nuovo arte de la prestidigitazione*.

De la discusión nace la luz, y si un día nos faltaran esas discusiones, al parecer infructuosas, no podríamos vivir.

Como no podemos sin corridas de toros.

Cada pueblo siente sus aficiones y sus deseos: nosotros aspiramos, generalmente hablando, á pronunciar algo y á torear algo.

Con esto y con la subida de los valores públicos en Bolsa, no necesitamos más.

La prueba es que nadie piensa en ciencias, ni en literatura, ni en industria; si acaso, un número reducido de españoles.

Personas que escriban para el público, no faltan.

Por el contrario, no se da un paso sin tropezar con un escritor, por lo menos.

¿Quién no tiene un drama, ó no puede tenerle cuando menos lo espere?

Hay quien supone que España es una de las naciones donde sabe leer menor número de personas.

Esto podrá ser así.

Pero no puede negarse que también es una de las naciones donde escriben mayor número de personas.

Observen ustedes que no he dicho «saben escribir.»

Donde menos se piensa aparece un chico poeta que suelta su tomo, y gracias si se contenta con un tomo.

Chicos que hacen novelas, y piezas teatrales, y artículos de malas costumbres, hay millares.

Es decir, que para el consumo literario del país no faltan, sino que sobramos dos terceras partes.

Toreros tampoco escasean, y el ejemplo de Luis Mazzantini ha de llamar sinnúmero de mozos al servicio de los cuernos.

Luis es el Napoleón del toreo.

Los chicos de buenas familias se sienten impulsados á declararse Luises.

Lo que tiene de malo este sueño de puntas, es el toro.

Si llegara un día en que, realizándose los deseos de algunos aficionados al espectáculo, se criase á los toros sin cuernos, y aun se les facilitase por los municipios la instrucción primaria gratuita, aumentaría considerablemente el número de *diestros*.

Luis es un genio para el arte taurino.

Pero en cada siglo no nacen dos genios iguales.

Bismarck es otro genio también para el arte taurino, pero no practica en el ruedo.

Es un *Pouly* menos *pouly*.

De algún tiempo á esta parte ha perdido facultades, en opinión de algún periódico francés.

El testimonio es poco autorizado.

Como le ven pacífico...

Pero es que el canciller, como aquel tonto del cuento, que había pasado dos horas en un rincón sin decir palabra, aunque parece que nada hace, está echando abajo la pared.

Vuelven á menudear los moros en Madrid.

Esto intranquiliza á las personas previsoras.

Suponen que esos moros son espías alemanes que manda el canciller.

—Algo de eso habrá, me decía un caballero ilustrado, porque yo he oído hablar á uno de ellos y no entiendo el idioma; de lo cual deduzco que hablan en alemán.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

En todo bosque, oscuro y solitario,
que circunda á la fuente de Helicón,
cuatro un árbol que lame claro *tercia*,
á dos *prima* se ve majestuosa.

En el puerto de dos *prima*,
por raro *todo* encontré
el busto de una dos *prima*,
gran ministro aragonés.

A través del *primera dos*,
la *todo* busca mi vista,
impresa en esas regiones
insondables é infinitas
tercera primera cuarta
dilatada, ni la dicha
de abarcar las ciencias todas,
con grandeza tal nos brinda.

Solución á las anteriores:

LOCURA.—BOTASILLA.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

REVISTA DE 16 PÁGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

PEN/NSULA..	Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
	Semestre..	9 " "
	Un año..	18 " "
EXTRANJERO.	Semestre..	12 pesetas.
	Un año..	24 " "

Los pedidos pueden dirigirse á la Administración en Madrid, CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPPLICADO.